

Configuración socioespacial del agua en la Sabana de Bogotá

Transformaciones territoriales y memorias anfibias en Funza y el barrio Hato II

Zuley Vanessa Robayo Mora

Director de Tesis

Javier Fernando Villamil Velasquez

Trabajo de grado presentado como requisito para obtener el título de licenciada en
Ciencias Sociales

Universidad Pedagógica Nacional de Colombia

Facultad de Humanidades

Licenciatura en Ciencias Sociales

Bogotá D.C., Colombia

2025

DEDICATORIA

A mis ancestras y ancestros, que caminaron el bosque alto andino, cuando el agua aún marcaba los ritmos de la vida. Al agua y a la tierra, fuerzas vivas que sostienen, enseñan y recuerdan, sin las cuales este territorio y esta palabra no existirían. A mi madre y a mi padre, por el cuidado, el alimento, la compañía y la ternura que hicieron posible mi camino como mujer, docente y persona política.

A mis hermanas, compañeras de camino y de resistencia cotidiana, por sostenerme en los momentos de duda, por la risa, la palabra y el cuidado compartido. En ellas reconozco la fuerza del vínculo, la memoria viva y la posibilidad de caminar el mundo sin estar sola.

A mis estudiantes, a los tepuyes, a las sabedoras, a las casas, a los caminos y a las carreteras que me han visto andar por Colombia; porque el aprendizaje ha sido inmenso en esta gran aula extendida que reconozco como mi lugar sagrado. En cada trayecto y territorio que me ha recibido para enseñarme a leer la vida desde la resistencia, la palabra y el convite.

A la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia, la Casita de los Docentes y a las y los profesores de la línea de Geografía Crítica, por abrir grietas en el pensamiento hegemónico. A quienes politizaron mi labor docente y me invitaron a radicalizar la pregunta por el agua, el espacio y la vida. Y a mi tutor de trabajo de grado, por la paciencia, el acompañamiento y la confianza en este ejercicio de pensamiento situado, ético y comprometido con la defensa de una geografía más radical.

RESUMEN

Este trabajo de grado analiza la configuración socioespacial de la presencia hídrica en el barrio El Hato II, ubicado en el municipio de Funza, Cundinamarca, entre las décadas de 1970 y 2000, en el contexto de las transformaciones territoriales de la Sabana de Bogotá. El estudio parte del reconocimiento de la Sabana como un territorio históricamente anfibio, donde el agua estructuró formas de vida, producción, organización social y ordenamientos colectivos rurales, hoy tensionados por procesos de urbanización, privatización de bienes comunes y reordenamientos territoriales asociados al desarrollo capitalista.

Desde una perspectiva de la geografía crítica y la ecología política, la investigación examina cómo los procesos históricos ecológicos, sociales y discursivos en la Sabana de Bogotá, han reconfigurado la relación entre las comunidades rurales, barriales y los sistemas hídricos, afectando no solo el acceso material al agua, sino también las prácticas territoriales, culturales y simbólicas construidas en torno a ella. El análisis se apoya en aportes teóricos del materialismo geográfico, la geografía crítica latinoamericana y las epistemologías del Sur, que permiten comprender el espacio como una producción social atravesada por relaciones de poder, desigualdad y dependencia.

La investigación adopta un enfoque cualitativo de carácter hermenéutico y etnográfico, sustentado en el análisis de fuentes históricas, entrevistas, talleres comunitarios y ejercicios de memoria territorial. Estas herramientas posibilitaron reconstruir las transformaciones del paisaje hídrico y las formas de habitar el territorio desde la experiencia de los habitantes del barrio, reconociendo sus saberes y memorias como fuentes legítimas de conocimiento geográfico.

Como resultado, el trabajo de grado evidencia que la configuración hídrica en El Hato II no constituye un proceso aislado, sino parte de un entramado estructural que articula la cuestión agraria, la expansión urbana y la pérdida de territorialidades anfibia. Finalmente, el trabajo propone una lectura crítica y situada del territorio que reivindica la memoria hídrica barrial como un elemento político fundamental para comprender y disputar la producción del espacio en la Sabana de Bogotá.

ABSTRACT

This thesis analyzes the socio-spatial configuration of water presence in the El Hato II neighborhood, located in the municipality of Funza, Cundinamarca, between the 1970s and 2000s, within the context of the territorial transformations of the Bogotá Sabana. The study begins by recognizing the Savannah as a historically amphibious territory, where water structured ways of life, production, social organization, and rural collective arrangements, now under strain from urbanization processes, privatization of common goods, and territorial reorganizations associated with capitalist development.

From the perspective of critical geography and political ecology, the research examines how historical ecological, social, and discursive processes in the Bogotá Savannah have reconfigured the relationship between rural and neighborhood communities and water systems, affecting not only material access to water but also the territorial, cultural, and symbolic practices constructed around it. The analysis draws on theoretical contributions from geographical materialism, Latin American critical geography, and epistemologies of the Global South, which allow us to understand space as a social construct shaped by relations of power, inequality, and dependency.

The research adopts a qualitative, hermeneutic, and ethnographic approach, based on the analysis of historical sources, interviews, community workshops, and territorial memory exercises. These tools made it possible to reconstruct the transformations of the water landscape and the ways of inhabiting the territory from the perspective of the neighborhood's residents, recognizing their knowledge and memories as legitimate sources of geographical understanding.

As a result, the thesis demonstrates that the water configuration in El Hato II is not an isolated process, but rather part of a structural framework that links agrarian issues, urban expansion, and the loss of amphibious territories. Finally, the work proposes a critical and situated reading of the territory that vindicates the neighborhood water memory as a fundamental political element to understand and contest the production of space in the Bogotá Sabana.

PALABRAS CLAVE

Configuración socioespacial, agua, memoria anfibia, Sabana de Bogotá, barrio

KEYWORDS

Socio-spatial configuration, wáter. amphibious memory, Bogotá sabana, neighborhood

LISTA DE FIGURAS

Figura 1. Orogénesis andina: elevación del relieve y red hidrográfica	21
Figura 2. Mapa de vegetación potencial en la sabana de Bogotá	22
Figura 3. Indios pescadores de Funza.....	25
Figura 4. Pintura de una guapucha según las memorias de un habitante de Funza.....	27
Figura 5. Pintura de un pez capitán en las memorias de un habitante de Funza	28
Figura 6. Pintura de las tierras, pantanos y anegadizos del pueblo de Bogotá.....	30
Figura 7. Vestigios de camellones prehispánicos ajedrezados en La Conejera	33
Figura 8. Áreas con camellones identificadas mediante fotointerpretación	34
Figura 9. Vestigio de Camellón	35
Figura 10. Detalle del humedal Gualí, alrededor del pueblo de indios de Bogotá (hoy Funza) ...	37
Figura 11. Detalle del humedal Gualí, alrededor del pueblo de indios de Bogotá (hoy Funza)....	38
Figura 12. La Hacienda El Cacique.....	44
Figura 13. La hacienda San Diego	45
Figura 14. Hacienda la Hoya	45
Figura 15. Casa de Pensamiento, Funza.....	47
Figura 16. Baile de campesinos (Sabana de Bogotá)	49
Figura 17. Mapa político administrativo de Funza.....	51
Figura 18. Rastros del curso de la toma de San Patricio	53
Figura 19. Rastros de la zanja apodada “Toma de San Patricio”	53
Figura 20. Fotografía plaza central Funza	55
Figura 21. Fotografía histórica del antiguo lago ubicado en el actual barrio El Lago, cerca del cementerio municipal	56
Figura 22. Cuerpos de Agua de Funza.....	57
Figura 23. Funza en 1970	58
Figura 24. Funza en el 2000	58
Figura 25. El Jaguar una de las antiguas pilas públicas de agua	62
Figura 26. Ubicación del barrio el Hato II.....	65
Figura 27. Ubicación Barrio el Hato II	67
Figura 28. Ubicación humedal Gualí.....	72
Figura 29. Presencia de Pinos en el Humedal Gualí, en menos de dos kilómetros del barrio el Hato II	76
Figura 30. Rastros de zanjas	79
Figura 31. Hacienda Casa Blanca.....	80
Figura 32. El paisaje rural del Hato II.....	81
Figura 33. El paisaje rural del Hato II.....	83
Figura 34. Acueducto municipal construido en 1992.....	86
Figura 35. Flyer inicio ruta de la memoria	100
Figura 36. El agua en el Centro	100
Figura 37. Las memorias guapucheras	101

Figura 38.Flaker encuentro casa de pensamiento	103
Figura 39.El fuego y agua	104
Figura 40.Una carta al agua.....	104
Figura 41.Flaker encuentro sobre los mohanes	106
Figura 42.Las cuidadoras de la sabana	107
Figura 43.Flaker río Subachoque	109
Figura 44.Agua bendita	109
Figura 45.Una denuncia ambiental.....	110
Figura 46.Navegando el río Bogotá.....	112
Figura 47.Un río que duele.....	113
Figura 48.Flaker ruta por una vereda en la sabana.....	114
Figura 49.Una cartografía de conflictos hídricos presenciados en mi barrio y una vereda de Madrid, por donde transcurre el río Subachoque	115
Figura 50.Diálogos sobre conflictos ambientales y sociales de la sabana de Bogotá	116

CONTENIDO

RESUMEN	3
ABSTRACT	4
PALABRAS CLAVE	5
KEYWORDS	5
LISTA DE FIGURAS	6
INTRODUCCION	1
CAPÍTULO I	4
MARCO CONCEPTUAL Y METODOLÓGICO	4
1.1 Marco conceptual	4
1.1.1 El agua como construcción socioespacial	5
1.1.2 Producción del espacio, naturaleza y configuración socioespacial	6
1.1.3 Memorias anfibias, saberes locales y territorialidades	7
1.1.4 Urbanización, planificación y desigualdades hídricas	8
1.2 Enfoque Metodológico.	9
1.2.1 Tipo y diseño de investigación	10
1.2.2 Técnicas de información y producción de información	12

1.3 Planteamiento del problema y objetivos.	13
1.3.1 Pregunta problema	16
1.3.2 Objetivo general	16
1.3.3 Objetivos específicos	16
CAPITULO II	17
LA EXISTENCIA HISTÓRICA DEL AGUA EN FUNZA: UN MUNICIPIO ORDENADO ENTRE GUAPUCHAS, CAMELLONES Y LA CUESTIÓN AGRARIA.	17
2.1. Ambientes lagunares: las guapuchas en Funza.	20
2.1.1 La guapucha: El alimento que se quedó para testimoniar un pueblo	24
2.2 Camellones a Través del Tiempo: Organización urbana hídrica, Saberes Muiscas y Persistencias en Funza y la Sabana de Bogotá	28
2.2.1 Camellones, como reordenadores urbanos de la sabana de Bogotá y el pueblo de indios.	35
2.3 La invención de Funza y la Sabana de Bogotá: La Hacienda como fenómeno de configuración social y ecológica.	41
2.3.1 Funza al occidente sabanero, de pueblos de indios a pueblos de orejones.	46
2.4 La nueva villa imperial Funza: la herencia del orden hacendil en la planificación urbana de Funza.	51
CAPITULO III	58
UN BARRIO ENTRE HISTORIAS ANFIBIAS: UN ANÁLISIS DE LA CONFIGURACIÓN HÍDRICA DEL BARRIO EL HATO II ENTRE 1970-2000	58
3.1 Transformaciones económicas y urbanas en Funza: condiciones previas a la urbanización barrial en 1970.	60
3.2 El Barrio el Hato II: Una vereda entre zanjas y humedales.	64
3.2.1 El barrio el Hato: Un testimonio autoetnográfico	65
3.3 Una concertación barrial en límites con el humedal: una crisis ambiental predestinada en el avance urbano en 1970	73
..... ¡Error! Marcador no definido.	
3.4. Un barrio entre lo rural y lo urbano: la crisis hacendil como fenómeno de avance, durante 1970.	79
3.5. El pasado y los usos de construcción de vivienda entre la década de 1970 hasta el 2000 .	84
3.5.1. La vivienda y su politización en la organización urbana, desde los años 70	88
3.6. Procesos barriales en el acceso hídrico a finales del siglo XXI	92
CAPITULO IV.....	98

UNA EXPERIENCIA DIALÓGICA CON LA MEMORIA HÍDRICA DE VECINOS Y HABITANTES DEL MUNICIPIO DE FUNZA.	98
4.1. Los peces: Una guapucha se nos entró en los ojos.	100
4.2. Prender el Fuego: reconocer la existencia del agua en nuestras vivencias cotidianas. ...	104
4.3. Mohanes de la sabana: caminos sagrados del altiplano	107
4.4. Donde nace un río: El río Subachoque.	110
4.5. El río Bogotá y las memorias anfibias.	113
4.6. La palabra veredal y el reconocimiento de los trazos hídricos sabaneros.	115
CAPITULO V	120
CIERRE	120
5.1 Conclusiones	121

INTRODUCCION

La Sabana de Bogotá ha sido históricamente un territorio anfibio, configurado por una compleja red de ríos, humedales, lagunas, zanjas y camellones que sostuvieron la vida ecológica, agrícola y social de sus pobladores. Camellones, serpientes, patos y peces no son únicamente elementos del paisaje, sino huellas vivas de un ecosistema ancestral que organizó formas de producir y reproducir la vida cotidiana. Sin embargo, estos paisajes han sido progresivamente transformados por lógicas urbanas, productivas y extractivas que no reconocen la historia hídrica que sostuvo la vida local de las primeras veredas del municipio. En este proceso, el agua ha dejado de ser un flujo natural para convertirse en un bien disputado, fragmentado y administrado bajo criterios externos a las comunidades.

Más allá de hacer un llamado a recuperar los saberes y modelos de vida locales para ordenar los territorios desde abajo, como lo propuso Orlando Fals Borda en *Socialismo raizal y ordenamiento territorial* (2008), esta investigación se inscribe en debates más amplios de la ecología política latinoamericana. Autores como Enrique Leff (2006) han señalado cómo la lógica económica global ha producido una deuda ecológica histórica con los países del Sur global, a partir de procesos sistemáticos de sobreexplotación de la naturaleza. Estas dinámicas han configurado profundas desigualdades socioambientales y territoriales, particularmente en América Latina, donde la degradación de la vida natural o el término mal llamado “recurso natural” se articula con formas históricas de despojo y subordinación. La Sabana de Bogotá no ha sido ajena a este proceso.

En este contexto, el presente trabajo de grado, analiza la configuración hídrica en barrios de la Sabana de Bogotá, con énfasis en el municipio de Funza y específicamente en el barrio El

Hato II, durante el periodo comprendido entre 1970 y el año 2000. El estudio se centra en comprender cómo la presencia hídrica y los procesos territoriales populares se entrelazan en un escenario de profundos cambios socioambientales. En Funza, las transformaciones del uso del suelo, el control privado del agua y la continuidad de un modelo de producción latifundista han erosionado no solo el ecosistema local, sino también las prácticas territoriales, culturales, hídricas y simbólicas que sustentan la vida barrial. Así, el agua se convierte simultáneamente en un derecho disputado, un bien común vulnerado y una materialidad que estructura formas cotidianas de habitar el territorio.

El problema central que aborda este trabajo de grado, es cómo se ha configurado socioespacialmente la relación entre los habitantes del barrio El Hato II y los complejos hídricos del territorio, en un contexto de urbanización y reordenamiento territorial. Este fenómeno puede analizarse como una forma específica en la que municipios con historia anfibia se insertan en estructuras de acumulación capitalista que reorganizan la naturaleza y el espacio. Siguiendo a Karl Marx (1867) y a David Harvey (2004), estos procesos pueden leerse como expresiones de la acumulación por desposesión, donde bienes comunes como el agua son privatizados o funcionalizados al desarrollo urbano. En este marco, no se busca responder a la totalidad del despojo hídrico en la Sabana, sino comprender cómo estos procesos se expresan de manera situada en un barrio popular.

Esta investigación es necesaria porque recupera, desde una perspectiva de la geografía crítica, estudios, saberes y prácticas que permiten comprender la configuración hídrica de Funza y de la Sabana de Bogotá desde un entramado de relaciones históricas entre el pasado y el presente. Se compromete con la denuncia de los vestigios coloniales y capitalistas en la construcción del

territorio, al tiempo que visibiliza formas de conocimiento comunitario y anfibia que han sido sistemáticamente ignoradas por los discursos dominantes del desarrollo y la modernización. Desde una mirada situada en el Sur global y apoyada en el marxismo crítico, la tesis analiza los cambios materiales y económicos que han configurado el territorio, así como las contradicciones presentes en la forma en que se conciben y gobiernan los espacios urbanos y rurales.

El análisis se fundamenta en los aportes de autores que permiten comprender el espacio como una producción social históricamente situada. Las nociones de acumulación originaria y acumulación por desposesión (Marx, 1867; Harvey, 2004), junto con los planteamientos de Milton Santos (2000), Ruy Moreira (2006) y Neil Smith (1984), ofrecen herramientas para analizar la justicia espacial y las desigualdades territoriales en el Sur global. Estos enfoques dialogan con el pensamiento de Orlando Fals Borda (1986, 2008) sobre el ordenamiento territorial desde las comunidades, así como con estudios históricos, agrarios y ambientales que me permitieron comprender la transformación del paisaje hídrico y la vida anfibia en la Sabana de Bogotá.

Desde el punto de vista metodológico, la investigación se desarrolla desde un enfoque cualitativo, hermenéutico y etnográfico, con un fuerte énfasis en el análisis histórico y testimonial. El proceso incluyó revisión de fuentes documentales, entrevistas, talleres comunitarios de escucha, así como ejercicios de fotografía y dibujo. Estas herramientas permitieron priorizar las voces de los habitantes del barrio El Hato II como fuentes legítimas de conocimiento geográfico, resignificando el territorio desde quienes lo habitan. La producción colectiva del conocimiento se asumió como un principio ético y político central del trabajo.

El trabajo de grado, se organiza en cinco capítulos. El primero presenta el marco conceptual y metodológico de la investigación. El segundo desarrolla una mirada histórica y espacial sobre la

Sabana de Bogotá, abordando los sistemas hídricos, la cuestión agraria y la formación del orden hacendil. El tercer capítulo analiza la configuración socioespacial del barrio El Hato II, atendiendo a las transformaciones hídricas, urbanas y barriales entre 1970 y el 2000. El cuarto capítulo presenta una práctica pedagógica y dialógica denominada *Ruta por las memorias hídricas de la Sabana*, desarrollada con habitantes del barrio y del municipio de Funza. Finalmente, el quinto capítulo recoge las conclusiones y reflexiona sobre los aportes del estudio hídrico en la sábana de Bogotá a la geografía crítica.

CAPÍTULO I

MARCO CONCEPTUAL Y METODOLÓGICO

1.1 Marco conceptual

La presente investigación se inscribe en una perspectiva crítica e interdisciplinar que concibe el agua no únicamente como un recurso natural o una infraestructura técnica, sino como un elemento vivo, cambiante y constitutivo de las relaciones socioespaciales, históricas y culturales que han configurado el territorio de la Sabana de Bogotá y, en particular, del municipio de Funza y el barrio El Hato II. Desde esta mirada, el agua es entendida como una existencia viva, atravesada por disputas políticas, transformaciones económicas y memorias colectivas que se expresan en las prácticas cotidianas de las comunidades que habitan los paisajes anfibios del altiplano cundiboyacense.

Este marco teórico articula cuatro ejes conceptuales fundamentales: el agua como construcción socioespacial, producción del espacio, naturaleza y configuración socioespacial, memorias anfibias, saberes locales y territorialidades y urbanización, planificación y desigualdades

hídricas. Estos ejes permiten comprender cómo las transformaciones históricas del territorio han reconfigurado los vínculos entre agua, espacio y cambios del uso del suelo, sin borrar completamente las huellas de las relaciones anfibia que han persistido en la Sabana de Bogotá.

1.1.1 El agua como construcción socioespacial

Desde la geografía crítica y el pensamiento social latinoamericano, el agua no puede ser comprendida como un elemento neutral o puramente físico. Por el contrario, su existencia está profundamente mediada por relaciones sociales, económicas, culturales y políticas. Henri Lefebvre (2013) plantea que el espacio es una producción social, resultado de prácticas, representaciones y relaciones de poder. En este sentido, los cuerpos de agua, los humedales, las zanjas, los camellones y los ríos de la Sabana de Bogotá forman parte de una producción histórica del espacio, donde el agua ha sido simultáneamente soporte de vida, infraestructura productiva y objeto de control.

David Harvey (2004, 2018) complementa esta perspectiva al señalar que la naturaleza y con ella el agua es incorporada al proceso de acumulación capitalista a través de mecanismos de apropiación, transformación y mercantilización. Así, los sistemas hídricos se convierten en infraestructuras estratégicas para la expansión urbana, la renta del suelo y el desarrollo desigual. Esta lectura resulta clave para comprender cómo los ríos y humedales de Funza han sido progresivamente canalizados, fragmentados o invisibilizados por los procesos de urbanización y planificación estatal.

Desde América Latina, Milton Santos (1996) aporta una mirada fundamental al entender el espacio como una totalidad compuesta por sistemas de objetos y sistemas de acciones. El agua, en este marco, no es solo un objeto técnico gestionado por instituciones como el acueducto o el

ordenamiento territorial, sino también una acción vivida, recordada y practicada por las comunidades. Esta doble condición permite analizar cómo las infraestructuras hídricas modernas coexisten no sin tensiones, con memorias y saberes locales que reconocen al agua como parte esencial del territorio.

1.1.2 Producción del espacio, naturaleza y configuración socioespacial

La noción de configuración socioespacial resulta central para esta investigación, en tanto permite analizar las transformaciones del territorio como procesos históricos complejos, donde interactúan la naturaleza, el trabajo humano y las relaciones de poder. Karl Marx (2013) ya advertía que la transformación de la naturaleza es inseparable de las formas de organización social y económica. Esta idea es retomada por Neil Smith (2020), quien plantea que el desarrollo capitalista produce una naturaleza desigual, reorganizando los territorios de acuerdo con las lógicas de acumulación.

En la Sabana de Bogotá, estas dinámicas se expresan en la transición de paisajes lagunares y agrícolas hacia formas urbanas e industriales, donde el agua ha sido reorganizada para servir a nuevos usos del suelo. Autores como Abramo (2011) y Córdova Montúfar (2008) muestran cómo las ciudades latinoamericanas se producen a partir de la superposición de mercados inmobiliarios, políticas públicas y prácticas populares, generando espacialidades híbridas donde lo rural y lo urbano no se excluyen, sino que se entrelazan.

Esta perspectiva permite comprender el caso de Funza como un territorio históricamente configurado por el agua: desde los sistemas agrícolas muiscas y los camellones descritos por Rodríguez Gallo (2021, 2023, 2024), hasta la consolidación de la hacienda sabanera (Pardo

Umaña, 1988) y la posterior urbanización popular del barrio El Hato II. En este proceso, el agua ha funcionado como eje organizador del espacio, aunque su visibilidad haya sido progresivamente erosionada por las lógicas de la planificación moderna.

1.1.3 Memorias anfibias, saberes locales y territorialidades

Uno de los aportes centrales de esta investigación es la noción de memorias anfibias, entendidas como los relatos, prácticas y saberes que emergen de la convivencia histórica entre las comunidades y los paisajes hídricos. Toledo y Barrera-Bassols (2008) proponen el concepto de memoria biocultural para dar cuenta de la acumulación histórica de conocimientos ecológicos que permiten a los pueblos habitar sus territorios. En la Sabana de Bogotá, estas memorias se expresan en la relación con las guapuchas, los humedales, las zanjas y los ríos que estructuraron la vida cotidiana.

Orlando Fals Borda (1975, 1986, 2008) aporta una perspectiva clave al reivindicar el conocimiento popular como una forma legítima de producción de saber. Desde la investigación acción participativa, las memorias comunitarias se convierten en herramientas políticas para narrar el territorio desde abajo, cuestionando las versiones oficiales del desarrollo y el progreso. Esta investigación retoma dicha tradición al situar las voces de los habitantes del barrio El Hato II como eje central del análisis.

Asimismo, Silvia Rivera Cusicanqui (2018) propone la noción de lo ch'ixi para pensar la coexistencia de temporalidades, saberes y racionalidades que no se fusionan ni se eliminan mutuamente. Esta idea resulta especialmente pertinente para comprender cómo las memorias anfibias persisten en un contexto urbano, incluso cuando los cuerpos de agua han sido canalizados

o contaminados. Las prácticas pedagógicas desarrolladas en el Capítulo IV dialogan directamente con esta perspectiva, al activar recuerdos, afectos y narrativas que reconectan a la comunidad con su historia hídrica.

1.1.4 Urbanización, planificación y desigualdades hídricas

Finalmente, este marco teórico incorpora una lectura crítica de los procesos de urbanización y planificación territorial, entendidos como dispositivos que reconfiguran el acceso al agua y producen desigualdades socioambientales. El Plan Básico de Ordenamiento Territorial de Funza (Alcaldía Municipal de Funza, 2000) constituye un instrumento clave para analizar cómo el Estado ha ordenado el territorio, priorizando ciertos usos del suelo y formas de desarrollo urbano en detrimento de los ecosistemas hídricos.

Autores como March Corbella (2013), Urquieta y Botton (2020) y Perales-Miranda (2023) evidencian que la urbanización del agua en América Latina ha profundizado las brechas de acceso y ha transformado los ríos en infraestructuras funcionales, desconectadas de la vida cotidiana de las comunidades. En el caso de Funza, estas dinámicas se reflejan en la degradación del río Bogotá y en la transformación del río Subachoque, cuya calidad ambiental se ve afectada al atravesar zonas urbanizadas.

Desde esta perspectiva, el análisis de la configuración socioespacial del agua en el barrio El Hato II no solo permite reconstruir una historia local, sino también cuestionar los modelos de desarrollo que han guiado la transformación de la Sabana de Bogotá. El reconocimiento de las memorias anfíbias y de los trazos hídricos sabaneros se plantea, así, como un ejercicio político de enunciación y resistencia frente a la homogeneización del territorio.

Este marco conceptual sienta las bases para el desarrollo de los capítulos siguientes, donde se profundiza en la existencia histórica del agua en Funza, las transformaciones urbanas del barrio El Hato II y las prácticas pedagógicas que buscan reactivar la memoria hídrica comunitaria. Desde una mirada crítica y situada, la investigación propone comprender el agua como un eje articulador de la vida social, el espacio y la memoria en la Sabana de Bogotá.

1.2 Enfoque Metodológico.

La presente investigación se desarrolla desde un enfoque cualitativo, crítico y situado, orientado a comprender las formas en que los pobladores del barrio El Hato II, en el municipio de Funza, han configurado históricamente su relación con los complejos hídricos del territorio. Este enfoque no busca explicar el fenómeno desde variables cuantificables, sino interpretar los sentidos, prácticas, configuraciones históricas y experiencias que emergen de la convivencia cotidiana entre comunidad, agua y espacio. En este sentido, el agua es abordada no solo como objeto de gestión o infraestructura, sino como una presencia viva que estructura la vida social y la memoria colectiva.

Metodológicamente, la investigación se inscribe en una perspectiva crítica latinoamericana, que reconoce el conocimiento como una construcción situada y atravesada por relaciones de poder. Siguiendo a Orlando Fals Borda (1975, 1986, 2008), se asume que los saberes comunitarios constituyen una forma legítima de producción de conocimiento, capaz de disputar las narrativas hegemónicas sobre el territorio, el desarrollo urbano y la gestión del agua. Esta postura implica una relación ética y política con los sujetos de investigación, entendidos no como informantes, sino como coproductores de conocimiento.

El enfoque metodológico también dialoga con la geografía crítica, en tanto busca comprender el espacio como una producción social e histórica. Desde esta perspectiva, las prácticas urbanas, los trazos hídricos, las infraestructuras y los relatos de los habitantes son analizados como expresiones de una configuración socioespacial en permanente transformación. Así, el trabajo metodológico articula el análisis territorial con la experiencia vivida, permitiendo comprender cómo las memorias anfibia persisten, se transforman o se tensionan en contextos de urbanización acelerada.

Finalmente, este enfoque se construye desde una posición reflexiva y auto etnográfica, en el que reconozco mi propio vínculo con el territorio, el barrio y las rutas pedagógicas desarrolladas. Lejos de comprometer el rigor académico, esta posición permite una comprensión más profunda y sensible del campo, al asumir que toda investigación es también una práctica situada, atravesada por afectos, trayectorias y responsabilidades políticas frente al territorio investigado.

1.2.1 Tipo y diseño de investigación

La presente investigación se inscribe en un diseño cualitativo de carácter hermenéutico-crítico y reflexivo comunitario, orientado a la interpretación de las configuraciones socioespaciales del agua a partir de las experiencias, memorias y narrativas de los habitantes del barrio El Hato II, en el municipio de Funza. Desde este enfoque, el conocimiento no se concibe como una representación objetiva del territorio, sino como un proceso interpretativo que emerge del diálogo entre los sujetos, sus prácticas y los contextos históricos que los atraviesan. La hermenéutica permite comprender los sentidos que la comunidad atribuye al agua, al espacio y a sus transformaciones, reconociendo la historicidad y la situacionalidad de dichas interpretaciones.

Este diseño dialoga estrechamente con la geografía crítica, al entender el espacio como una producción social e histórica, configurada por relaciones de poder, dinámicas económicas y prácticas cotidianas de larga duración. En este sentido, los ríos, humedales, pastizales, zanjas y camellones no son abordados únicamente como elementos físicos del paisaje, sino como expresiones materiales y simbólicas de procesos territoriales más amplios. El análisis hermenéutico permite interpretar estos elementos como textos territoriales, cuyas huellas, silencios y transformaciones revelan las tensiones entre planificación, urbanización y vida comunitaria.

Asimismo, el estudio incorpora una dimensión etnográfica, expresada en el acompañamiento y guía de prácticas cotidianas, los recorridos territoriales y las rutas pedagógicas desarrolladas en el municipio de Funza y sus alrededores. Esta aproximación permite comprender las relaciones entre agua, espacio y memoria desde la experiencia directa, atendiendo a los gestos, afectos y narrativas que no siempre quedan registradas en los documentos oficiales.

El diseño es también histórico-espacial, ya que reconstruye las transformaciones del territorio a partir de diferentes temporalidades: el periodo prehispánico y colonial, la consolidación de la hacienda sabanera, la urbanización popular del barrio El Hato II desde la década de 1970 y las dinámicas contemporáneas de planificación y degradación ambiental. Esta articulación temporal permite comprender la configuración socioespacial del agua como un proceso continuo, atravesado por rupturas y persistencias.

Finalmente, el diseño asume una posición reflexiva y situada, en el reconozco mi implicación en el territorio y en los procesos analizados. Esta reflexividad no se plantea como una postura militante explícita, sino como una condición epistemológica necesaria para interpretar de manera crítica los discursos, relatos y espacialidades observadas, de este modo esta mirada temporal,

crítica y reflexiva permite comprender que la desaparición o degradación de los cuerpos de agua no implica su borramiento total, sino su persistencia en la memoria, en el lenguaje y en las prácticas barriales.

1.2.2 Técnicas de información y producción de información

Las técnicas de información y producción de conocimiento empleadas en esta investigación se orientaron a comprender la secuencia de fenómenos estructurantes que han configurado la relación entre los habitantes del barrio El Hato II y los complejos hídricos de la Sabana de Bogotá. Más que recolectar datos fragmentados, el proceso metodológico buscó interpretar cómo las transformaciones históricas, económicas, urbanas y ambientales han sido un presente en la producción de vida barrial por la comunidad. En este sentido, las técnicas se articularon como estrategias para acceder a los fenómenos macro estructurales del agua y del espacio, entendidos como construcciones históricas y relacionales.

Una de las principales técnicas fue el diálogo con los habitantes del barrio, a través de conversaciones abiertas, entrevistas no estructuradas, especialmente con pobladores antiguos. Estas conversaciones permitieron identificar fenómenos estructurantes como la transformación de humedales en suelo urbanizable, la desaparición de zanjas y camellones, los cambios en las formas de acceso al agua, y la transición de un territorio anfibio rural a un barrio popular urbano. Los relatos fueron abordados como fuentes interpretativas que expresan memorias, recuerdos y conflictos asociados a dichas transformaciones.

De manera complementaria, se realizó un análisis documental y cartográfico que permitió contextualizar los relatos comunitarios dentro de procesos más amplios de ordenamiento territorial

y urbanización. Planes de ordenamiento, mapas históricos, estudios ambientales y documentos institucionales fueron leídos críticamente para identificar las lógicas que han orientado la gestión del agua y del suelo en Funza. Este cruce entre fuentes oficiales y memorias locales permitió evidenciar tensiones entre las narrativas del desarrollo urbano y las experiencias cotidianas de los habitantes.

Asimismo, se incorporó la observación situada del territorio, entendida como una práctica interpretativa que vincula el caminar, el reconocimiento espacial y la lectura del paisaje. Recorrer el barrio, sus límites con humedales, zanjas y antiguos trazos hídricos permitió identificar marcas materiales y simbólicas del agua en el espacio urbano actual. Estas observaciones se integraron al análisis como formas de lectura territorial que complementan y dialogan con los relatos de los habitantes.

Finalmente, la ruta pedagógica y la práctica reflexiva desarrolladas en el Capítulo IV se incorporan como un cierre metodológico que permitió sintetizar, poner en común y problematizar los hallazgos de la investigación. Más que una técnica de recolección de información, la ruta funcionó como un ejercicio de devolución, reflexión colectiva y politización de la memoria hídrica. A través del caminar, el diálogo y la activación de recuerdos, se generó un espacio donde los habitantes pudieron reinterpretar su relación con el agua y reconocer los procesos estructurantes que han configurado su territorio.

1.3 Planteamiento del problema y objetivos.

La Sabana de Bogotá ha sido históricamente un territorio anfibio, configurado por una compleja red de ríos, humedales, lagunas, zanjas y camellones que sostuvieron la vida ecológica,

agrícola y social de sus pobladores. En este entramado hídrico, el agua no fue únicamente un elemento natural, sino un eje organizador de prácticas productivas, formas de movilidad y relaciones sociales que estructuraron el espacio sabanero (Rueda Vargas, 1919; Rodríguez Gallo, 2021). Tal como señala Milton Santos (1996), el espacio debe entenderse como una totalidad viva donde los sistemas naturales y las acciones humanas se coproducen históricamente. En municipios como Funza, esta relación dio lugar a paisajes donde lo rural, lo urbano y lo acuático coexistieron de manera interdependiente durante largos períodos.

No obstante, a lo largo del siglo XX y comienzos del siglo XXI, estos paisajes anfibios han sido profundamente transformados por procesos de urbanización acelerada, planificación territorial moderna y reconfiguración del uso del suelo. La expansión urbana y la consolidación de infraestructuras hídricas funcionales al crecimiento de la ciudad han modificado los cursos de agua, fragmentado humedales y alterado las formas de acceso al agua (Harvey, 2004; March Corbella, 2013). En este contexto, la naturaleza y particularmente el agua ha sido incorporada a dinámicas de acumulación y ordenamiento que priorizan la renta del suelo sobre las relaciones históricas con el territorio (Smith, 2020). Como resultado, muchos trazos hídricos han sido canalizados, cubiertos o invisibilizados dentro del paisaje urbano.

En el municipio de Funza, y específicamente en el barrio El Hato II, estas transformaciones se expresan de manera significativa. El barrio se configura sobre antiguos espacios rurales y zonas húmedas, en un escenario de transición entre lo veredal y lo urbano, donde persisten huellas materiales y simbólicas de una relación cotidiana con el agua. Zanjas, chucuas, camellones y relatos asociados a la pesca y al uso comunitario del agua conviven con nuevas formas de urbanización que reordenan el territorio y modifican las prácticas barriales (Vargas Tisnés et al.,

2015; Pardo Umaña, 1988). Esta superposición de temporalidades evidencia tensiones entre memorias anfibia persistentes y lógicas urbanas contemporáneas.

A pesar de la centralidad histórica del agua en la configuración del territorio, los estudios urbanos y los instrumentos de planificación han tendido a abordarla desde una perspectiva técnica y administrativa, desvinculada de las experiencias comunitarias, como esta plasmado en planes de ordenamiento territorial del municipio (Alcaldía Municipal de Funza, 2000). Esta mirada reduce el agua a un objeto de gestión, dejando en segundo plano los saberes locales, las memorias colectivas y las prácticas cotidianas que la reconocen como parte viva del territorio (Fals Borda, 1986; Toledo & Barrera-Bassols, 2008). En el caso del barrio El Hato II, existe una limitada sistematización de cómo sus habitantes han construido y resignificado su relación con los complejos hídricos a lo largo del tiempo. Esta ausencia dificulta una comprensión integral de los procesos socioespaciales que han dado forma al barrio.

El problema de investigación se sitúa, entonces, en la necesidad de comprender cómo se ha configurado socioespacialmente la relación entre los habitantes del barrio El Hato II y el agua, en un contexto de profundas transformaciones territoriales. Analizar esta configuración implica reconocer continuidades y rupturas entre los paisajes anfibios del pasado y las realidades urbanas del presente, así como las memorias, prácticas y narrativas que los pobladores movilizan para producir sentido territorial (Lefebvre, 2013; Santos, 1996). De este modo, la investigación busca aportar a una lectura crítica y situada de la urbanización en la Sabana de Bogotá. Al mismo tiempo, propone reconocer el agua como un eje constitutivo de la vida social, la memoria y la producción del espacio barrial.

1.3.1 Pregunta problema

¿Cómo han configurado socioespacialmente los pobladores del barrio El Hato, en el municipio de Funza, su relación con los complejos hídricos, a partir de procesos históricos y urbanos construidos desde la experiencia comunitaria?

1.3.2 Objetivo general

Analizar las producciones socioespaciales de los pobladores del barrio El Hato, en el municipio de Funza, en relación con los complejos hídricos, examinando los procesos históricos y urbanos que han configurado la transformación de sus memorias anfibia y de su relación con el agua.

1.3.3 Objetivos específicos

- Explorar transformaciones socioespaciales construidas por la comunidad en relación con el entorno hídrico a lo largo del tiempo.
 - Analizar cómo se configuran los vínculos entre espacio, memoria y agua en el ordenamiento territorial urbano popular de los habitantes.
- Recolectar y sistematizar a través de la experiencia histórica de los habitantes del barrio Hato II, las transformaciones sociales de los complejos hídricos del territorio.

CAPITULO II LA EXISTENCIA HISTÓRICA DEL AGUA EN FUNZA: UN MUNICIPIO ORDENADO

ENTRE GUAPUCHAS, CAMELLONES Y LA CUESTIÓN AGRARIA.

"Los ríos, a largo plazo, están vivos. Nacen; cambian; modifican sus cauces; forjan nuevas rutas hacia el mar; se mueven de forma gradual y violenta; rebosan (normalmente) de vida; pueden morir de una muerte casi natural; con frecuencia son mutilados e incluso asesinados. Cada río, aunque está sujeto a las mismas leyes hidráulicas, tiene su propia personalidad e historia únicas. Tiene mucho sentido, entonces, hablar de la historia de vida de un río en particular; de su ecobiografía. La biografía de cualquier río —el Orinoco, el Zambeze, el Misisipi, el Amarillo, el Ganges, el Amazonas, el Danubio, el Ayeyarwady— sería tan distintiva como las biografías de los diversos chamanes, sabios, pescadores, filósofos, tiranos, rebeldes y santos que vivieron a lo largo de sus orillas. La esperanza de vida de un río es, por supuesto, mucho mayor que la de un solo ser humano. Esta esperanza de vida se ha visto alterada con la invención de la dinamita, la maquinaria de movimiento de tierras y el hormigón armado; sumada a la Gran Aceleración del Antropoceno, estas intervenciones han aumentado drásticamente la tasa de mortalidad y morbilidad de los ríos."

James C. Scott (1936-2024). In Praise of Floods: The Untamed River and the Life It Brings (Elogio de las inundaciones. El río indómito y la vida que trae consigo). 2025

El problema de la configuración socioespacial hídrica del municipio de Funza, Cundinamarca, abordado en esta investigación, ha sido estudiado desde enfoques como la ecología

política, la geografía crítica y los estudios territoriales, los cuales permiten analizar cómo el agua en la Sabana de Bogotá ha sido progresivamente subordinada a lógicas de acumulación por desposesión bajo discursos constantes de transformación ecológica. Para comprender este proceso resulta fundamental revisar la historia ambiental y social del territorio, dado que en ella se inscriben los hechos, dinámicas y discursos que han transformado las formas de soberanía y el ordenamiento de los bienes comunes. A pesar de la amplia literatura sobre conflictos hídricos en América Latina, en la Sabana de Bogotá persisten vacíos analíticos relacionados con el desarraigo progresivo del agua y la ruptura de su histórica territorialidad anfibia. Estas problemáticas se articulan con la cuestión agraria, privatización y capitalismo que funcionan como un marco analítico para reconstruir la materialidad ambiental del territorio y las trayectorias históricas de control y apropiación del agua.

Funza al ser un municipio ubicado en la Sabana Occidente de Bogotá, a tan solo 7 kilómetros de la capital, cuya historia se remonta a tiempos prehispánicos, cuando fue uno de los principales centros del pueblo muisca. Su localización estratégica, a orillas del río Bogotá y en una de las zonas más fértiles del altiplano cundiboyacense, configuró un territorio clave para el intercambio, la agricultura y las dinámicas políticas regionales tanto en la época precolombina como durante la colonia y la república. En la actualidad, Funza se caracteriza por una intensa transformación urbana e industrial que convive con prácticas campesinas, memorias comunitarias y vestigios de un paisaje cultural ancestral. Estas tensiones históricas y contemporáneas han convertido al municipio en un espacio donde se superponen diversas formas de habitar, producir y significar la sabana.

A partir de lo anterior, este capítulo profundiza en la lectura histórica del territorio mediante un diálogo constante con los ejes centrales de la tesis: movimientos, actores, agua y cuestión agraria, en comparación con un presente, en donde no se esfuma el pasado. La articulación de estos ejes permite trazar un marco histórico que pone de relieve la materialidad ambiental de la Sabana, expresada en peces, camellones, serpientes, humedales y ríos. Estas formas materiales revelan las relaciones que las comunidades humanas han construido con el agua a lo largo del tiempo. Asimismo, la reconstrucción histórica muestra cómo dichas materialidades fueron transformadas, reducidas o desplazadas por la expansión de un proyecto económico que solo puede comprenderse examinando sus contradicciones y los procesos extractivistas que lo sostienen.

Para avanzar en esta trayectoria no solo en términos estructurales sino también temporales, es fundamental situarse en el devenir histórico del agua como actor constitutivo de las raíces socioambientales en los municipios de la apodada “sabana de Bogotá”. El agua, como fuerza transversal en la sabana y en el municipio, dio origen a una profunda red de relaciones temporales y espaciales construidas por diversos cuerpos físicos. A lo largo de millones de años, estos cuerpos y movimientos dieron forma a estructuras geológicas que posibilitaron la aparición de especies en evolución natural, las cuales hicieron del territorio su espacio vital. Posteriormente, habitantes humanos pudieron construir significados colectivos, políticos y culturales mediante el uso instrumental y ceremonial del agua y la tierra para la vida cotidiana.

2.1. Ambientes lagunares: las guapuchas en Funza.

Las investigaciones contemporáneas interesadas en comprender el pasado geológico y ambiental del planeta han recurrido, apoyadas en diversos desarrollos tecnológicos, al estudio de los procesos que dieron origen a la materialidad del relieve hace millones de años, incluso antes

de la aparición de la vida humana. Estos procesos naturales, acumulados en el tiempo profundo, explican la configuración de paisajes que hoy reconocemos, como el antiguo carácter lagunar del territorio donde se asienta el actual municipio de Funza. En este contexto de larga duración geológica se inscribe la historia evolutiva de la guapucha, una de las tres especies de peces endémicas del altiplano Cundiboyacense, cuya existencia solo puede comprenderse a partir de las condiciones ambientales que moldearon este territorio.

Uno de los procesos fundamentales en esta historia es la orogénesis andina, entendida como el conjunto de dinámicas tectónicas responsables del levantamiento del relieve andino, es decir, del surgimiento de montañas, valles y altiplanos a partir del movimiento de las placas tectónicas. Hace millones de años, fragmentos continentales en constante transformación comenzaron a emerger como resultado de la regresión marina, cuando el mar que cubría gran parte del territorio retrocedió y dejó franjas litorales bien definidas (Flórez, 2003). En este contexto se configuró una macroforma clave: el altiplano Cundiboyacense, una depresión de origen tectónico producto de procesos de plegamiento, fallamiento y posterior levantamiento, ampliamente descritos por Flórez (2003) en *Colombia: evolución y modelado*.

Figura 1. Orogénesis andina: elevación del relieve y red hidrográfica.

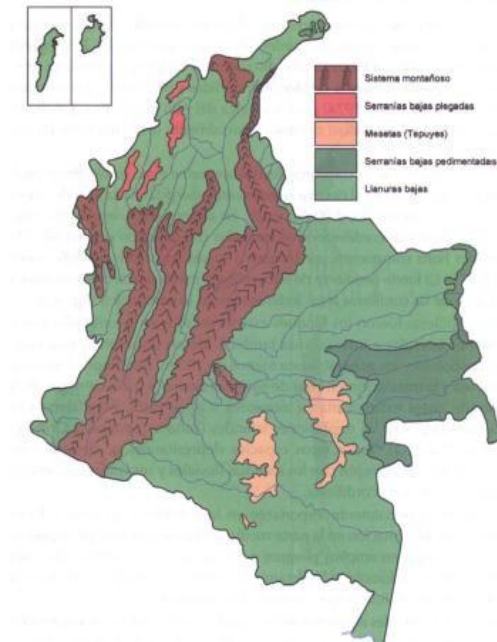


Figura 1. *Orogénesis andina: elevación del relieve y red hidrográfica.* La imagen muestra el levantamiento de las tres cordilleras junto con la red hidrográfica que se forma y moldea a su alrededor. Este proceso geológico histórico dio origen al paisaje del país.

Fuente: Flórez, A. (2002).

Una vez formado el altiplano Cundiboyacense, el territorio atravesó una etapa decisiva de transformación ambiental durante el Pleistoceno tardío. En ese periodo, la sabana de Bogotá estuvo ocupada por el antiguo lago Humboldt, un extenso cuerpo de agua que existió hasta hace aproximadamente 24.000 años. El clima global era más seco que el actual y, simultáneamente, se desarrollaban glaciares en los Cerros Orientales y en el macizo de Sumapaz (Van der Hammen, 1992), lo que impulsa a reconocer una presencia extendida de ecosistemas hídricos, como el páramo frío seco y el bosque de planicie. Así hacía hace 12.000 años con la llegada de los primeros humanos a América, en pleno escenario de glaciación, estas condiciones dieron lugar a una gran planicie de alta montaña con abundante presencia de agua, altos niveles freáticos, amplias zonas

inundables y desbordes naturales del río Bogotá, especialmente hacia el occidente, configurando un paisaje dominado por humedales.

Figura 2. Mapa de vegetación potencial en la sabana de Bogotá

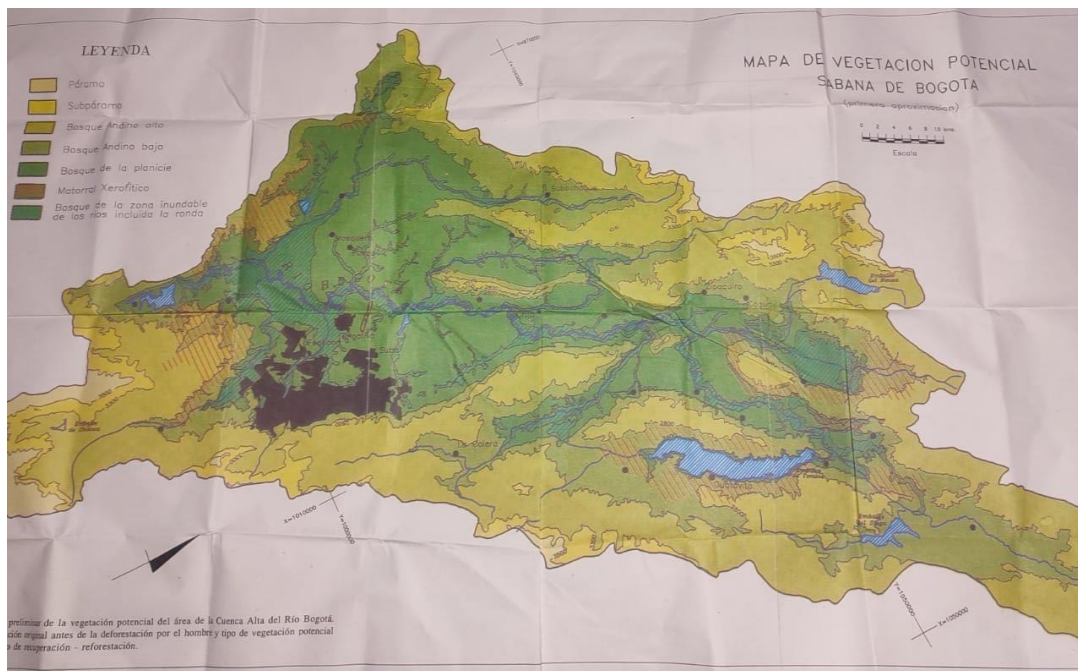


Figura 2. Mapa de vegetación potencial en la sabana de Bogotá. La imagen muestra la presencia del bosque de planicie en verde, la presencia de páramo de verde claro y subpáramo en amarillo durante el período pleniglacial medio y superior. Fuente: Guarnizo, Á., & Calvachi Z., B. (2003).

La presencia de grandes cuerpos de agua y humedales extensos dio forma a un paisaje altamente productivo desde el punto de vista ecológico, donde predominaban los bosques andinos de planicie, muchos de ellos sujetos a inundaciones periódicas (Van der Hammen & Correal Urrego, 1977). Esta red hídrica no solo facilitó la llegada y permanencia de los primeros grupos humanos cazadores-recolectores en la sabana, sino que también propició procesos prolongados de aislamiento biológico. En este contexto se desarrollaron especies endémicas del altiplano Cundiboyacense, como la guapucha (*Grundulus bogotensis*), cuya evolución está estrechamente

vinculada a la estabilidad de los ambientes lagunares y al confinamiento natural que impone la alta montaña.

Estos procesos de aislamiento se explican, además, por transformaciones de gran escala en la red hidrográfica andina. Según (Maldonado, Ocampo et al. 2005), hace aproximadamente 11 millones de años la cuenca del Orinoco dejó de desembocar junto con el río Magdalena en el golfo de Venezuela y desvió su curso hacia el oriente, generando un aislamiento prolongado de las cuencas transandinas ubicadas al occidente de la cordillera Oriental. Este aislamiento, que se extendió por cerca de 10 millones de años, favoreció una marcada singularidad evolutiva de la ictiofauna. Aunque la diversidad de peces disminuye notablemente con la altitud pasando de cerca de 100 especies a 400 m, a solo dos o tres a 2.500 m, el altiplano Cundiboyacense constituye una excepción, al albergar tres especies endémicas: la guapucha (*Grundulus bogotensis*), el pez capitán de la sabana (*Eremophilus mutisii*) y el pez graso o runcho (*Rhizosomichthys totae*), este último posiblemente extinto (Maldonado, Ocampo et al. 2005).

La guapucha destaca no solo por su adaptación a los ambientes lagunares de alta montaña, sino también por su convivencia histórica con especies como el pez capitán, que podía alcanzar tamaños muy superiores. A diferencia de esta última y del pez graso, cuya llegada al altiplano habría sido secundaria desde otras regiones, la guapucha representa un caso singular de evolución en altura (Maldonado, Ocampo et al., 2005). Su historia cuestiona las explicaciones empíricas que asumen que todos los peces de montaña provienen de migraciones ascendentes desde tierras bajas y permite reconocerla como un vestigio faunal de profundo arraigo territorial. En este sentido, la guapucha no es solo una especie biológica, sino un elemento central de la memoria biocultural de

Funza: un pez que enlaza el pasado geológico, territorio e identidad, y que forma parte del relato colectivo de quienes nos reconocemos como guapucheros de cepa.

2.1.1 La guapucha: El alimento que se quedó para testimoniar un pueblo

Para abordar millones de años de historia geológica que moldearon el ambiente material observado posteriormente por diversos grupos humanos sería necesario recorrer lapsos y periodos demasiado extensos, lo que excede los objetivos de este análisis. Por esta razón, el presente capítulo se centra en comprender un fenómeno específico: la presencia de un pez en el territorio de Funza, sin dejar de reconocer la importancia de abrir la discusión con una breve explicación de su alcance memorístico dentro de una extensión durante la presencia Muisca. Este enfoque permite entender cómo la materialidad ambiental y la presencia de la ictiofauna incidieron en las dinámicas de los primeros grandes grupos humanos que se acentuaron en el altiplano Cundiboyacense.

La *Grundulus bogotensis*, conocida comúnmente como “guapucha”, es un pez de pequeño tamaño registrado por primera vez en la literatura científica occidental a partir de las descripciones de Alexander von Humboldt en 1821. No obstante, mucho antes de su clasificación científica, esta especie ya formaba parte fundamental de la historia natural de la Sabana de Bogotá, actuando como un indicador de condiciones climáticas, de la presencia de suelos de origen glaciar y del progresivo proceso de decantación de las lagunas, posteriormente intervenido por sistemas de drenaje precolombinos (Cortés, 1976). Al estar directamente vinculada con la dieta de los pueblos asentados en la sabana antes de los procesos colonizadores, la guapucha se consolidó como una especie vital, capaz de fijar memorias profundas en las aguas del territorio. Para los muisca, pueblo indígena de los Andes colombianos, cuyo registro se remonta aproximadamente al año 500

a. e. a. (Broadbent, 1974), era conocida como “el pez blanco”, valorada tanto por su abundancia en la pesca ribereña como por su preparación culinaria (Mayorga, 2016).

Por ahora debemos imaginar un paisaje que antecedió los tiempos de la colonización, lleno de agua, con una forma meteorológica y natural de humedad, donde en todo caso, para poder vivir y pescar era vital construir no solo redes de pesca, sino también balsas y canoas. Se podría señalar, como expone la autora Gallo, (2024), “testimonios de colonizadores, que señalan con bastante precisión que los indígenas del pueblo de Bogotá obtenían su pescado del río Bogotá, del río Subachoque y del humedal el Gualí. Este último, sin duda, debía tener una conexión con el río Bogotá que le permitiera mantener agua corriente...”. Así, este entramado hídrico configuraba un territorio anfibio en el que la vida cotidiana, la alimentación y los desplazamientos dependían profundamente de la circulación de las aguas, reafirmando la íntima relación entre las comunidades muiscas y su paisaje acuático.

Figura 3. Indios pescadores de Funza.



Figura 3. *Indios pescadores de Funza*. Álbum de cuadros de costumbres. Ramón Torres Méndez, 1860. Colección Banco de la República.

Fuente: Colección Banco de la República (1860).

Esta raíz alimentaria, aparte de integrar la unión vital con nuestras presencias lagunares, se trataría de un antecedente biocultural que se sostuvo a lo largo del tiempo. Aquellas comunidades que, como veremos, han sido capaces de mantener una tradición mediante la continua agregación de elementos novedosos, por medio de la cual han logrado existir en un solo sitio durante períodos muy largos de tiempo, (Toledo & Barrera-Bassols, 2008). Estos elementos novedosos, ligados a las condiciones naturales y ambientales, permitieron, la acumulación de rastros identitarios locales y habilidades humanas en la sabana de Bogotá. Esto, posible gracias a las permanencias materiales espaciales, las cuales, permiten que especies construyan una memoria individual y colectiva, de tal manera, sin estas presencias físicas, los rasgos autóctonos de nuestras sociedades no existirían: le debemos todo al río y tierra.

Funza, Cundinamarca, llena de añoranzas paisajísticas, alimentarias y culturales, casa y resguardo ecosistémico de estas especies acuáticas que se integraron a la dieta de sus habitantes humanos. Gracias a su localización dentro del paso del trazo del río Bogotá y apodado como el antiguo pueblo de Bogotá, (Lorena, 2025). Les brindará a sus gentes, gracias a su presencia geográfica, la posibilidad de una lista de colección de sabidurías locales, culinarias cuyo análisis, nos abren ventanas al pasado, pero que perduran en el presente, era común en el siglo XX aun notar, testimonios como los que expone (Mayorga, 2016). “Las asaban y las vendían en paquetes con maíz tostado, era un plato muy típico de la laguna de Fúquene”. De tal manera, Permitiendo que naveguen memorias duraderas, relacionadas con la distribución de las sociedades rurales

tradicionales y ancestrales que han habitado, y que según (Toledo & Barrera-Bassols, 2008, p. 26) “son el sector de la especie humana cuyas actividades están basadas en formas de manejo de la naturaleza no-industriales y en formas de conocimiento no-científico, es decir, en expresiones que no se remontan a un pasado lejano”.

Figura 4. Pintura de una guapucha según las memorias de un habitante de Funza.



Figura 4. *Pintura de una guapucha según las memorias de un habitante de Funza.* Los relatos mencionan su preparación y venta en la plaza de mercado de Funza hasta 1950, reconociéndose como un alimento central en la dieta de los habitantes de la Sabana.

Fuente: Autoría propia (2025).

Figura 5. Pintura de un pez capitán en las memorias de un habitante de Funza.



Figura 5. *Pintura de un pez capitán en las memorias de un habitante de Funza.* Esta imagen fue tomada en un espacio denominado “La memoria de los peces”. El informante relató la presencia del pez en las zanjas de Funza hasta 1970 y mencionó que para su preparación era necesario limpiar el barro del pez.

Fuente: Autoría propia (2025).

2.2 Camellones a Través del Tiempo: Organización urbana hídrica, Saberes Muisca y

Persistencias en Funza y la Sabana de Bogotá

Colombia, un país intertropical, donde sus zonas de vida húmedas y pluviales ocupan la mayor extensión de territorio nacional. Permean composiciones raizales, en donde su población construye una manera de relacionarse y ubicarse con el mundo. Las prácticas culturales, las cuales dinamizan las formas de histórica de un pueblo, son manifestaciones revividas con esperanza, para hablar de nuestras identidades cómo país, (Borda, 2008). Por ahora, el agua tiene mucho que narrarnos: ha sido fuerza interna moldeando con sus cauces y movimientos la vida natural y social,

su presencia es la magnífica muestra de poder vivir tranquilos para poder alimentar un rancho y es la fuente problematizadora en las planeaciones urbanas.

Nuestra identidad guapuchera, lo que llamaríamos nuestra propia forma ética y auténtica de existir localmente en el mundo, no se encuentra fuera de un lugar en el que las imágenes, los cuerpos y los andares remiten en forma recurrente al pasado más remoto, (Silvia, 2018). Los muiscas, pueblo originario del altiplano Cundiboyacense, con la presencia de uno de los mayores representantes del modelo de organización de cacicazgos el “Zipa” en Funza, son presencias humanas, importantes en el análisis de los cambios del uso del componente hídrico en la sabana. Antes que nada, aclaramos que no queremos hacer una apología indígena del pasado, en contraposición a ese apego, ‘Occidente’. Queremos, pensar su presencia en el municipio y la sabana, “en una narración dinámica, expansiva y cambiante viva en la actualidad”, (Gómez, 20025)

Figura 6. Pintura de las tierras, pantanos y anegadizos del pueblo de Bogotá

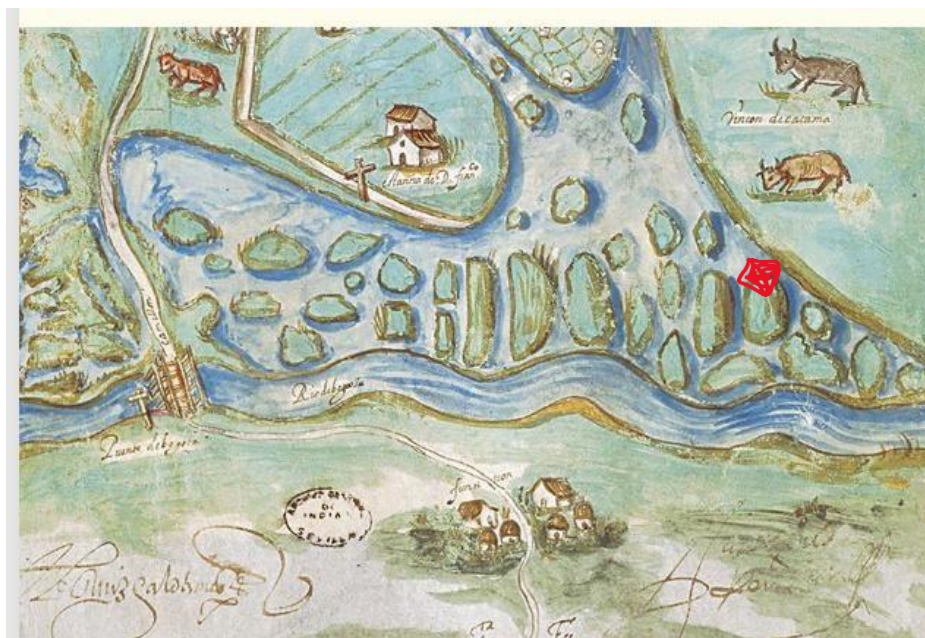


Figura 6. Pintura de las tierras, pantanos y anegadizos del pueblo de Bogotá. Detalle de un plano de 1614 en el que se observa un conjunto de camellones en la margen del río Bogotá. La zona marcada en rojo corresponde a una adición propia para indicar la ubicación aproximada del humedal Gualí. Este documento, elaborado por mandato de la Real Audiencia, representa las tierras, pantanos y anegadizos del pueblo de Bogotá en el marco del litigio entre el fiscal y Francisco Maldonado de Mendoza. Fuente: Archivo General de Indias (1614), mp-Panamá 336.

Las formas de vida de los pueblos de la sabana, no solo se expresaban en una existencia estática, sino que mantenían prácticas encarnadas en formas de hacer y de pensar; de ordenar y de nombrar lo real, como expone (Silvia, 2018) correspondientes a las construcciones culturales, unida a producciones simbólicas, para existir, (Silvia, 2018, p. 9) “incluye la producción oral y corporal de significados, los cuales se comunican fluidamente en redes cada vez más extensas y difusas”.

Esta existencia de producciones que terminan creando relaciones humanas, estaban profundamente ligadas con el entorno físico: una pendiente del altiplano, el cual contiene sistemas de drenaje: meandros y humedales. Que junto con los pantanos y lagunas constituyan un sistema de amortiguación hídrica y mantienen el equilibrio ecológico, (Florez,2003). Así, gracias a la persistencia de una humedad constante y tiempos de inundación, estos humanos crearon redes de existencia, la cual comprendía esta realidad ecológica, para sostener su vida: el agua no era un problema, hacia posible su existencia.

Así, este escenario geomorfológico de altiplano, con sus zonas propensas a la inundación empujo a los muiscas a encontrar formas creativas de convivir con el agua. Una de esas maneras la encontraron construyendo unas arquitecturas elevadas de tierra sobre agua, que les permitía mantener su producción agrícola, las cuales se convertirán en sus tecnologías de drenaje y de siembra autóctonas. Gracias a estos procesos cognitivos de asociación consciente entre conocimiento y contexto territorial, organizaron un patrón de asentamiento poblacional, facilitando un control político y económico por parte del cacicazgo. Este modelo, también posibilito la producción de un proceso agroalimentario, cuyas principales características según (Toledo & Barrera-Bassols, 2008) fueron la diversidad de cultivos, el bajo uso de insumos externos, gran trabajo manual y uso de tecnologías adaptadas y orientadas a la conservación de recursos naturales.

A estos sistemas de tierra elevada sobre agua, se les apodo: camellones, con los cuales los muiscas pudieron adoptarse y con-vivir con la presencia del río, sus crecientes y la cantidad de humedad. Lo que produjo una ordenanza territorial alrededor de estos, en palabras de (Toledo & Barrera-Bassols, 2008) sería una forma de conocimiento ecológico local, colectivo, con una historia de prácticas colectivas en el uso de recursos naturales que será trasmitido de generación

en generación. En añadidura, sistemas organizativos de vida, con una relación directa con la materialidad de procesos naturales, los cuales exigían un mayor conocimiento. Eso quiere decir, que, el valor de estas planicies de inundación para esta sociedad fueron de tal magnitud que requirieron un conocimiento profundo colectivo de los procesos dinámicos de los sistemas fluviales.

Este conocimiento ancestral, como dice (Toledo & Barrera-Bassols, 2008, p. 20) “no solo se restringía a aspectos naturales de la naturaleza u objetos si no por el contrario a dimensiones dinámicas de patrones y procesos relacionales ligado a las relaciones entre elementos y eventos naturales”. La precipitación con el papel integrador ambiental del río Bogotá: sus ecosistemas diversos, planicies, lluvias y crecientes, anexo a los camellones desde las cabeceras hasta los grandes colectores fluviales, una función de mapa natural, que les ayudaba a decidir dónde vivir, sembrar y desplazarse. Por lo tanto, fue, en un interconector de saberes, intercambios y albergue de especies únicas nativas. Era un sistema de red de conocimiento para la vida natural y social, donde no sólo navega las guapuchas, también una sociedad con sus usos de conectividad.

El río Bogotá ama desbordarse en esta planicie, su respiración es de meses, ancho en las lluvias de abril y mayo, o en las de octubre y noviembre; más espigado en las épocas secas de diciembre a enero y de julio a agosto. A su ritmo de meses respira, crece, se anega, se revuelca feliz, se rebela y se contrae. Y tenía el espacio para hacerlo: la Sabana toda era su río. Además, las partes altas de este valle, con su suelo arcilloso, retienen el agua lluvia, se forman pantanos de estación, enormes charcos que fue ron piscinas para nosotras, niñas. Como dicen los mayores, “El agua va caminando cuando llueve”. (Buenaventura, M, 2023, p. 78)

A pesar de los intentos por reescribir la Sabana bajo una lógica de drenaje, rectificación y control, las huellas de los camellones muiscas, nunca desaparecieron por completo. Persistieron como elevaciones irregulares, trazos visibles en fotografías aéreas, alteraciones en los patrones de drenaje y, sobre todo, en las memorias campesinas y sabaneras que continuaron entendiendo la planicie como un territorio vivo, móvil y saturado de agua. Con el tiempo, estos vestigios comenzaron a adquirir un nuevo significado. En el contexto actual marcado por la crisis hídrica, la pérdida de humedales y la urgencia de repensar la relación entre ciudad y agua los camellones resurgen como una tecnología ecológica pertinente.

Figura 7. Vestigios de camellones prehispánicos ajedrezados en La Conejera.



Plate XLII. Fig. 2. Cropmarks at La Conejera.

Figura 7. *Vestigios de camellones prehispánicos ajedrezados en La Conejera.* Esta imagen evidencia la conservación de vestigios del sistema hidráulico prehispánico en todo este sector.

Fuente: Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC), C525/858, 1949; citado en Rodríguez

Gallo, 2021.

Figura 8. Áreas con camellones identificadas mediante fotointerpretación.

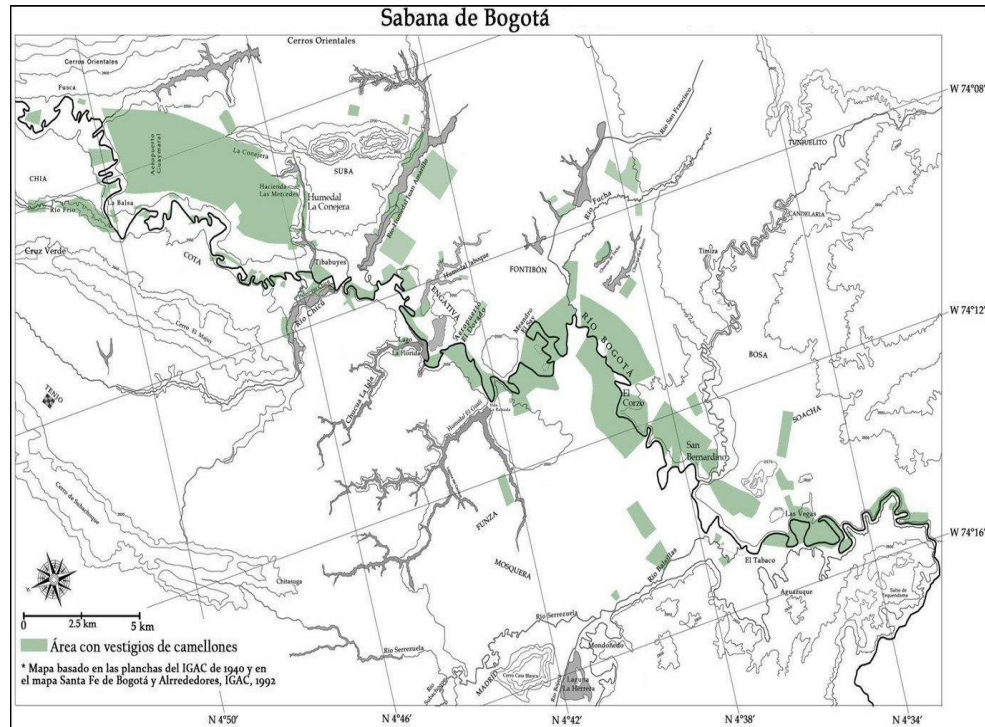


Figura 8. Áreas con camellones identificadas mediante fotointerpretación. La imagen muestra la concentración de estos rasgos geomorfológicos en distintos sectores de la Sabana de Bogotá, con especial presencia en las proximidades del municipio de Funza.

Fuente: Adaptación plancha IGAC, 1990 por Rodríguez Gallo, L. (2019).

Figura 9. Vestigio de Camellón



Figura 9. *Vestigio de Camellón*. Esta imagen en Funza Cundinamarca, donde observa una serie de líneas, cerca al humedal Gualí, vía la Punta. Puede ser un sistema olvidado de camellón, sin embargo, hay que estudiarlo con mayor precisión.

Fuente: Adaptación propia, Google Earth (imagen satelital, 2025).

2.2.1 Camellones, como reordenadores urbanos de la sabana de Bogotá y el pueblo de indios.

La dimensión temporal del agua para la organización principal de los muisca, como vimos, y los vestigios que quedaron hasta el siglo XXI, incluyó usos en diversas escalas del río Bogotá y en la circulación del agua, tomando gran importancia en su vida simbólica y ceremonial. En esta temporalidad se interpusieron los procesos políticos, económicos, sociales y ecológicos de la ocupación española y, posteriormente, de la formación de la república. Aunque retomar esta historia no comprende extendernos en la composición de este entramado de vicisitudes históricas, queremos exponer los principales hallazgos frente al uso de camellones e inundaciones en la Sabana. Cuando los españoles llegaron, como menciona Rodríguez (2024), “los muisca tendían a habitar en manera dispersa, viviendo junto a sus cultivos y moviéndose por la planicie a lo largo

del año y tras la invasión española se les obligara a vivir, en pueblos de indios, congregados en un espacio urbano con límites definidos”.

Lo interesante de este postulado investigativo consiste en la certeza de la asignación por parte de los españoles de terrenos para los muisca en zonas de inundación y humedal. Estas zonas se consideraban inútiles y, sin su sistema de zanjas y camellones originario, se convertirían en tierras inservibles. Un sistema colonial de manejo hídrico urbano se interpondría en el manejo histórico biocultural del agua por parte de los muisca, empujándolos a nuevas formas de creación de zanjas urbanas para contener inundaciones en sus territorios asignados. Tal expresión reproducirá, como mencionan Urquieta y Botton (2020), “un acceso inequitativo, donde la organización territorial establecerá jerarquías sociales justificando y naturalizando inequidades”.

Al anexarles un espacio limitado a la sociedad muisca, bajo la perpetuación del orden colonial, se hizo uso de la presencia de zonas inundables como factor de segregación y mandato territorial. Esto creó un nuevo patrón geográfico alrededor del agua, que funcionaba como construcción material de símbolos y zonificación urbana obligatoria. Este patrón quedó enajenado de los sistemas culturales antiguos de vida, como exponen diversos estudios. Sin embargo, en pueblos de indios como Fontibón o el de Bogotá (hoy Funza), se buscó dar solución a la inundabilidad del terreno mediante la construcción de zanjas que atravesaban calles y perímetros para manejar los excesos de agua (Rodríguez Gallo, 2024).

Figura 10. Detalle del humedal Gualí, alrededor del pueblo de indios de Bogotá (hoy Funza).



Figura 10. Detalle del humedal Gualí, alrededor del pueblo de indios de Bogotá (hoy Funza). En esta representación adaptada de la autora se observan las zanjas con sus respectivos puentes (P) y muelles (M). Se podría dar un testimonio fiel de la navegación de balsas por estas zanjas.

Fuente: Adaptación de Rodríguez Gallo, L. (2025), a partir de AGI.MP-PANAMA, 336, 1614.

Figura 11. Detalle del humedal Gualí, alrededor del pueblo de indios de Bogotá (hoy Funza).

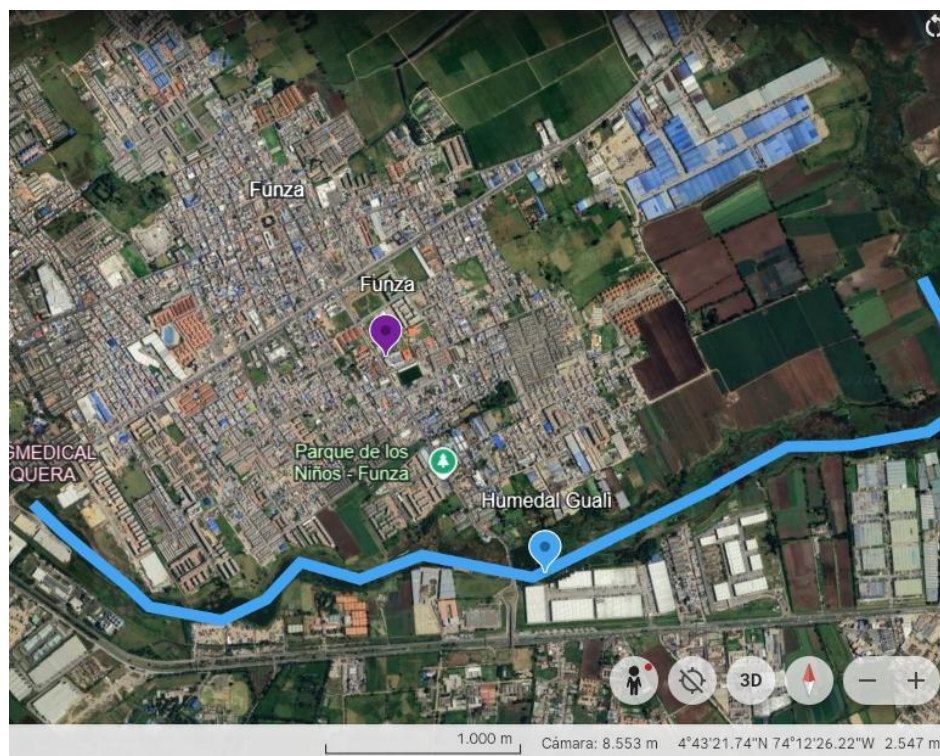


Figura 11. Detalle del humedal Gualí, alrededor del pueblo de indios de Bogotá (hoy Funza).

Podemos observar el reciente estado y ubicación del humedal Gualí y el curso del meandro de say, respecto a la figura 10, donde se representa la ubicación del pueblo de indios. Fuente:

Adaptación propia, Google earth (2025).

La nueva ciudad de Santa fe, se fundó encima de la demolición de las últimas ruinas del paisaje cultural de los muiscas. Su nuevo desafío, como expone Delgado, (2010) estaba en rediseñar completamente el paisaje material, instaurando una nueva biota importada del hemisferio norte. De aquí, la europeización de las tierras altas, que, en palabras de este mismo autor, factores, como el clima, el suelo, vegetación y fauna de la sabana tomaran papel fundamental como ordenadores de territorios y poblaciones en cuanto a sus características morales e ideológicas de

Europa. La “sabana” de esta manera será un producto donde “lo civilizado y ordenado” marcaran patrones estéticos de la nueva fundación urbana española, los cuales quedarán impregnados en la materialidad arquitectónica de la sabana de Bogotá.

Estos elementos constituyentes, serán necesarios para caracterizar geográficamente el altiplano y empezar a nombrar, con estos procesos violentos de transformación, “la sabana de Bogotá en la historia”. La cual no se define en sí por su característica geológica como una tierra plana desprovista de árboles, sino, por el contrario, cómo expone Delgado, (2010) “en base a acumulados históricos, a rasgos culturales plasmados en el territorio, es decir, a una construcción socio-espacial realizada por individuos o grupos sociales de una época determinada”. Esto es lo que diríamos la producción de un imaginario de sabana en una formación de altiplanicie geológica. La cruz y la espada estarán marcados en cada cambio, organizando y dejando listo este nuevo lugar, para la secuencia de poder de los terratenientes.

El trabajo de este proceso de construcción material del paisaje español, estaba ligado con una de las preocupaciones: la presencia del río, inundaciones y la conexión con el extremo colombiano. Y es que después de una consecuente construcción de sistemas de drenaje y siembra de árboles que absorbieran cantidades de agua del subsuelo, una nueva arquitectura, al cual se le apoda “Camellón de Occidente”, Rodríguez, (2024), el cual cortaría perpendicularmente, de este a oeste el río Bogotá. “Formando la imagen de una, cruz que a partir de ese momento sería el símbolo espiritual del nuevo dominador”, Rodríguez, (2024), En contraposición, además de tener un nuevo nombre, “camellón occidente” con los camellones indígenas, este tiene una intención: secar la sabana y conectar santa fe, con Colombia, o sea con el río Magdalena y el Caribe, la arteria fluvial más importante de desplazamiento en el país.

Este camellón, lo sostuvo un plano arquitectónico nuevo, que recogió, las nuevas necesidades de prever las inundaciones, pues ante la existencia de un cuerpo lacustre de hace 25.000 años, se necesitará de un material resistente y duradero que permitiera su duración. Así, como expone la autora, Rodríguez, (2023), “había que poner todo el empeño posible en mantener el Camellón de Occidente por encima del nivel de inundación, para garantizar la movilidad de personas, mercancías y noticias”. Lo anterior, obligó, a realizar planos de puentes y formas de relleno de larga temporalidad. Así la innovación de un puente para sostener este nuevo camellón, cuya función esencial estaría ligado a evadir los meandros y los sistemas de inundación, terminaría con la ayuda final para comenzar la iniciativa de ocupación territorial, por parte de los españoles.

En este punto, resulta necesario tender una relación entre las prácticas hídricas ancestrales y las transformaciones que introducirían, primero, el orden colonial, como actores que también hicieron uso de camellones. Aunque los sistemas de camellones, humedales navegables y usos ceremoniales del agua perduraron parcialmente hasta el siglo XXI, la llegada de nuevos regímenes de propiedad, de producción y de ordenamiento territorial redefinió por completo la relación con el río y la Sabana, junto con el uso de estos sistemas. La lógica ecológica originaria del manejo del agua fue desplazada por una visión que entendía el territorio como recurso productivo y espacio a ser racionalizado. Este cambio no solo alteró la vida cotidiana de los pueblos indígenas, sino que sentó las bases de un nuevo modo de apropiación del espacio: la consolidación de haciendas y de infraestructuras hidráulicas que respondían a intereses privados y mercantiles. Así, las transformaciones presentes no pueden entenderse sin reconocer el manejo hídrico del altiplano, en el primer momento que llegaron los colonizadores, y como este proceso dejó grandes rasgos de manejo hídrico hasta el siglo XXI, sirviendo a un modelo que, con el tiempo, terminaría

configurando las nuevas jerarquías, poder y desigualdades territoriales y los patrones de uso del agua que aún marcan la región.

2.3 La invención de Funza y la Sabana de Bogotá: La Hacienda como fenómeno de configuración social y ecológica.

La gran transformación de los ecosistemas, durante el periodo colonial, aceleró la llegada de nuevos grupos poblacionales, que, en una continuidad de actividades espaciales de larga duración, asumirán su vivencia en este altiplano como, expone el autor Delgado, (2010) “a través de un control político, religioso, educacional y económico que tiende a mantenerse y hasta a reforzarse a través de los siglos”. La definición de la sabana en carácter histórico es altamente intervenido y modificado y se produce desde la mirada de estos nuevos sujetos europeos, los cuales alrededor del establecimiento de nuevas actividades económicas y estilos de vida material, generaron un nuevo “agroecosistema”. Definido, así como “ecosistema reorganizado para fines agrícolas- un ecosistema domesticado” pero esta vez, en un suelo altamente modificado apodado “Sabana de Bogotá”, nombre producto de su objeción y visión hegemónica europea.

La vegetación así, que hoy caracteriza la Sabana de Bogotá, dominada por pastos y extensas áreas secas, no corresponde a un resultado natural del paso del tiempo, sino a un proceso histórico de transformación asociado al uso y manejo controlado de la vegetación y la fauna propias de antiguos sistemas inundables. Estas transformaciones estuvieron estrechamente vinculadas a dinámicas políticas y económicas que concibieron el suelo como mercancía y como portador de valor, facilitando su incorporación a procesos de apropiación y acumulación. No obstante, antes de estas intervenciones, la sabana estaba cubierta por un bosque de planicie de gran importancia ecológica, cuya función estructuraba el funcionamiento hídrico y ambiental del territorio, con el cual los pueblos originarios, ya habían interactuado, sin romper su relación natural. Como señala,

Delgado (2010), este bosque incluía especies propias de zonas ligeramente elevadas, como el arrayán y el paloblanco, así como formaciones de bosque inundable cercanas al río Funza, donde el aliso predominaba debido a su resistencia al exceso de agua.

La eliminación progresiva de esta cobertura vegetal y su sustitución por especies introducidas no fue un proceso espontáneo, sino parte de un proyecto sistemático de ocupación y transformación del territorio impulsado desde la conquista. Dicho proceso implicó la anulación de especies nativas y la modificación deliberada de las características naturales del suelo con el fin de adecuarlo a nuevas funciones productivas orientadas al mercado. En este contexto, la sabana se reorganizó como un espacio destinado a responder a una lógica mercantil que se consolidó como modelo dominante de uso del territorio. Así, la transformación ecológica del paisaje se articuló con la imposición de nuevas relaciones sociales y económicas.

Estos cambios deben entenderse como parte de un proceso histórico de larga duración propio de la herencia colonial y sus continuidades en los municipios de la Sabana de Bogotá. Como advierte, Delgado (2010), ni el ganado europeo, ni los cultivos introducidos, ni las especies vegetales foráneas llegaron al altiplano de manera natural, sino que su arraigo fue resultado de acciones humanas, conscientes e inconscientes, desplegadas a lo largo del tiempo. En este sentido, la sabana debe ser comprendida como un producto social construido históricamente a partir de decisiones políticas, económicas y culturales. Esta perspectiva permite reconocer la transformación del paisaje como una expresión material de relaciones de poder.

La desecación intencional de la sabana constituyó uno de los procesos más intensivos de transformación de sus condiciones naturales. A través de la medición, división y siembra de especies inducidas, se buscó ampliar el control sobre la tierra y consolidar formas de propiedad

privada orientadas a la acumulación de riqueza y poder. Estas prácticas dieron lugar al establecimiento de nuevas actividades económicas y a una reconfiguración de la estructura social del territorio. De este modo, el suelo dejó de ser un bien común para convertirse en un objeto central de valorización económica.

El establecimiento de estas nuevas formas de apropiación territorial estuvo acompañado por la consolidación de un modelo hacendil como forma dominante de explotación y poblamiento. Este modelo condicionó por largo tiempo la colonización de la Sabana y estuvo estrechamente vinculado a la creación de agroecosistemas orientados al mercado. Según Fals Borda (1975), reflejaba el valor inicial relativo de la tierra y el interés por la población indígena como clase explotable, dando lugar a una economía de carácter tributario y extractivo. La consolidación de este sistema profundizó una sociedad de clases marcada por la concentración de la tierra.

La transformación de la biota nativa y de los sistemas hídricos fue una condición necesaria para facilitar la extracción de excedentes sociales y de trabajo en el marco del modelo hacendil. El control del agua se volvió central para la productividad agrícola y ganadera, lo que exigió la eliminación de inundaciones y la regulación estricta de los flujos hídricos. En este proceso, el latifundio se consolidó como forma dominante de apropiación territorial, definido por Umaña (1988) como la concentración de grandes extensiones de tierra en manos de un solo propietario. La cercanía a fuentes de agua intensificó disputas por linderos y límites territoriales, prácticas que se convirtieron en cimiento de las dinámicas de acumulación que persisten hasta la actualidad.

Figura 12. La Hacienda El Cacique.



Figura 12. *La Hacienda El Cacique*. Perteneció a los indígenas Piscos, caciques de la antigua

Bogotá, probablemente desde el año 1600. A partir de 1794 fue transferida a otras familias, principalmente a la familia Sierra. Don Pepe Sierra fue uno de los arrieros más ricos del territorio colombiano, y esta hacienda fue una de sus múltiples propiedades, junto con otras ubicadas en la Sabana de Bogotá, como Casablanca en Madrid, La Florida en Engativá, y Santa Bárbara y

Chicó. Fuente: Melo Velásquez, T. (2009).

Figura 13. La hacienda San Diego.



Figura 13. *La hacienda San Diego*. Esta perteneció al presidente Rafael Urdaneta, último presidente de La Gran Colombia; de ahí su importancia histórica. En 1951, Roberto Urdaneta Arbeláez adquirió un predio conocido como casa y manga de Siete Trojes y tres lotes de la finca.

Fuente: Melo Velásquez, T. (2009).

Figura 14. Hacienda la Hoya.



Figura 14. *Hacienda la Hoya*. La Hoya es una hacienda famosa por una leyenda particular que se supone sucedió allí. “Cuenta la historia que, en su desesperación por escapar de los ejércitos patriotas, el Virrey Sámano ordenó a sus hombres hacerse a un grupo de mulas para que estas cargaran todo su tesoro. Las mulas fueron cargadas con el botín, el Virrey ordenó partir y tomaron el camino real hacia Facatativá para seguir a Honda y embarcar hasta el puerto de Cartagena. Cuando la caravana pasaba por el camino de Tres Esquinas, las mulas reconocieron el camino y se desviaron sin que la guardia pudiera detenerlas llegando de nuevo a la hacienda de su amo; el funzano se sorprendió y no se atrevió a descargar el tesoro esperando que alguien viniera a reclamarle, sin embargo, nadie reclamó el botín”. Fuente: Melo Velásquez, T. (2009).

2.3.1 Funza al occidente sabanero, de pueblos de indios a pueblos de orejones.

Este análisis se orienta a comprender cómo el uso y la transformación espacial de la Sabana de Bogotá, impulsados inicialmente por la conquista española y posteriormente profundizados por los grupos sociales que ocuparon la cúspide de la pirámide social, dieron lugar a nuevas relaciones de poder que reconfiguraron el territorio. En este proceso, los resguardos indígenas y las comunidades raizales se vieron obligados a interactuar, adaptarse o transformarse frente a formas culturales, políticas y económicas ajenas, particularmente en torno al trabajo agrario. La comparación de los procesos históricos analizados permite identificar la modificación de una materialidad ambiental cuyo pasado permanece activo en el presente, no solo a través de estructuras visibles como las haciendas, sino también mediante las lógicas que las hicieron posibles, fundamentales para comprender el prolongado proceso de configuración hídrica de la Sabana de Bogotá. Desde esta perspectiva, el reconocimiento de prácticas cotidianas —como la dieta, en la que persistían especies locales como la guapucha— permite afirmar que la sabana fue

progresivamente configurada como un espacio de control y dominación, y no como un territorio autónomo capaz de reproducirse al margen de las normativas impuestas por la explotación agraria.

Figura 15. Casa de Pensamiento, Funza.



Figura 15. *Casa de Pensamiento, Funza.* Espacio resignificado como patrimonio y lugar de encuentro en torno a la palabra y las memorias de abuelos y abuelas, quienes buscan recuperar los saberes colectivos del territorio muykita, (antiguo nombre de Funza). En este lugar se han realizado dos encuentros centrados en la memoria del agua. Fuente: Autoría propia (2025).

Tras el cierre formal del periodo de conquista, los criollos “hijos de españoles nacidos en América”, concentrados mayoritariamente en los Andes junto con antiguas familias españolas, consolidaron una secuencia patronal sobre las tierras ocupadas. El modelo hacendil previamente instaurado no fue eliminado, sino reforzado mediante nuevas formas de control laboral que, aunque reconocieron ciertos derechos tras la abolición de la esclavitud, buscaron fijar la mano de obra a la tierra. Como señala (Borda,1975), aunque los trabajadores eran reconocidos como vasallos del rey con derecho a jornal y condiciones básicas de subsistencia, los hacendados “estimularon como fuerza cautiva” a los concertados mediante el endeudamiento o la cesión de pequeñas parcelas para producir. Este sistema se mantuvo hasta finales del siglo XVIII, cuando comenzó a declinar debido

a cambios en las condiciones de producción y a la nueva concepción capitalista del trabajo impulsada desde Europa, que hacía más rentable el trabajo asalariado que el esclavo (Borda, 1975).

Este tránsito produjo un desplazamiento progresivo de la clase terrateniente hacia el centro de Bogotá, dejando en la Sabana una población encargada del cuidado de las tierras, lo que dio lugar a una nueva configuración poblacional y a patrones de asentamiento que continuaron articulándose a las presencias hídricas existentes. En este contexto, especies como la guapucha no se extinguieron, aunque su abundancia disminuyó. Los relatos más difundidos sobre la Sabana comenzaron entonces a ser producidos por estos nuevos terratenientes criollos, beneficiarios de un Estado centralizado que, como expone (Delgado,2010), se convirtió en “promotor del latifundio en Colombia” mediante concesiones de baldíos y la entrega de tierras a familias privilegiadas y compañías extranjeras. Desde estas narrativas se construyó la figura del sujeto encargado del cuidado de las haciendas: el raizal, orejón, sabanero o campesino, descrito por (Rueda Vargas,1919) desde una mirada jerárquica que oponía el centro urbano al occidente fértil de la planicie.

Pero un bogotano no dice: voy a la Sabana, sino cuando se dirige al occidente, es decir, a la parte más fértil de la planicie, y así parece entenderla en general el mismo sabanero, para el cual la Sabana significa lo que ellos llaman el riñón, lo que rodea en varias leguas a la redonda a Punza, la antigua capital de los chibchas; y ciertamente, en esa región es donde las costumbres sabaneras han estado más caracterizadas y el tipo del orejón se ha conservado física y moralmente más fijo. (Rueda Vargas, 1919, pp 18)

Figura 16. *Baile de campesinos (Sabana de Bogotá)*.



Figura 16. *Baile de campesinos (Sabana de Bogotá)*, por Ramón Torres Méndez (1860).

Aguatinta, 26 × 33 cm, color. Fuente: En *Álbum de cuadros de costumbres* (p. 22). París: A. De la Rue.

La carga ideológica de estos discursos contribuyó a la configuración de una identidad campesina marcada por el imaginario del “orejón”, asociado al habitar del occidente sabanero. Más allá del regionalismo y del andino-centrismo que atraviesan estas representaciones, Delgado (2010) señala que dicho discurso buscaba otorgar distinción y asignar a la Sabana un uso esencial como espacio exclusivo de esta clase social. Esta apropiación implicó también la ocupación de los pocos espacios hídricos remanentes y la continuidad, aunque reducida, de actividades pesqueras asociadas al pez capitán y a la guapucha. En Funza, esta composición social dio lugar a la consolidación del campesinado, entendido como “el conjunto de clases sociales con cuya fuerza de trabajo se hace producir la tierra de manera directa” (Borda, 1975), vinculado a la estructura

terratiente y a la división social del trabajo, mientras el control de la tierra permanecía en manos de propietarios ausentes, residentes en Bogotá.

Finalmente, la ocupación de la Sabana y la configuración de sus prácticas culturales se expresaron también en un proyecto espacial y estético impulsado por las élites de la nueva república, quienes disputaron el territorio no solo mediante la propiedad de la tierra, sino a través de formas específicas de arquitectura hacendaria. Como señala Umaña (1988), el interés de estos sectores no estaba en modernizar la Sabana, sino en preservar “viejas casas sabaneras, sin garajes ni modernismos chillones”, como parte de un orden social que buscaba regular el espacio y a sus habitantes. Las transformaciones del agua, la tierra y las jerarquías sociales iniciadas en la colonia continúan influyendo en la configuración territorial contemporánea de Funza y la Sabana de Bogotá, visibles en la reducción de humedales, la presión urbanizadora y las desigualdades en el acceso al agua. Al mismo tiempo, comunidades muiscas, raizales y campesinas reactivan memorias bioculturales y prácticas de resistencia, evidenciando que los debates territoriales actuales solo pueden comprenderse a partir de esta larga continuidad histórica del manejo hídrico y social del territorio.

2.4 La nueva villa imperial Funza: la herencia del orden hacendil en la planificación urbana de Funza.

Figura 17. Mapa político administrativo de Funza

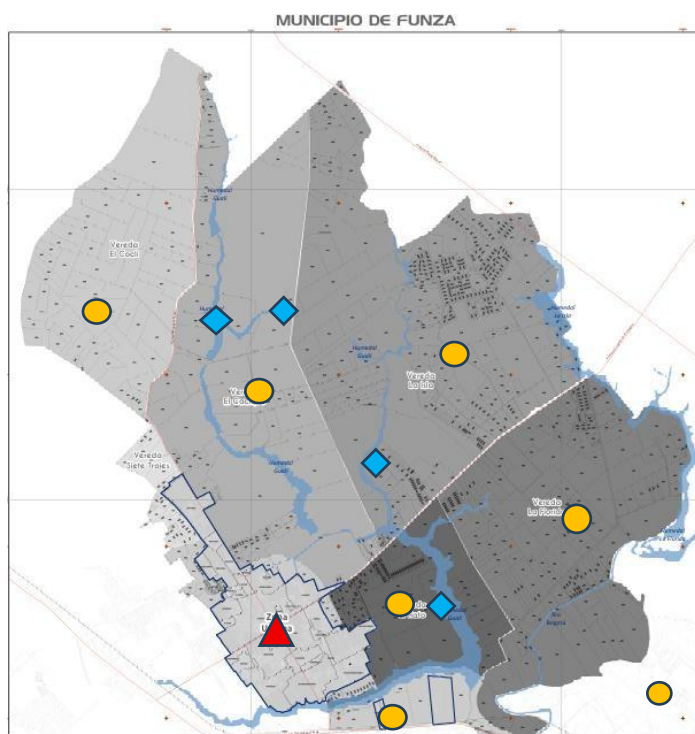


Figura 17. Mapa político administrativo de Funza. A continuación, podemos observar el rojo la zona urbana, en amarillo las 6 veredas del municipio y en azul la presencia del humedal.

Fuente: Adaptación propia del mapa oficial de la alcaldía municipal de Funza (2025). *Mapa general Funza* [Archivo PDF]

Resulta fundamental analizar la manera en que los raizales sabaneros y campesinos de Funza han construido históricamente relaciones de cuidado, uso y apropiación del agua, más allá de los relatos posteriores que destacan su actividad pesquera y su participación en circuitos comerciales locales. Incluso hasta finales del siglo XX, el agua continuó siendo un elemento central en la vida cotidiana y productiva del municipio, como lo evidencian antecedentes documentales tempranos, entre ellos el registro de 1763 en el que un marqués usufructuaba aguas del río Subachoque hacia su hacienda mediante una toma conocida como San Patricio (Vargas Tisnés et al., 2015). Este hecho permite comprender que la herencia del manejo del agua,

transmitida desde los grandes terratenientes, se fundamentó en la captura, canalización y materialización arquitectónica del flujo hídrico, con el propósito de ordenar el territorio rural y, progresivamente, el urbano. Así, la configuración espacial del agua respondió a exigencias históricas que consolidaban a Bogotá como centro capitalino y a Funza como una villa agrícola estratégica dentro de la sabana occidental.

Durante el siglo XIX, este proceso se expresó en la construcción de obras hidráulicas como zanjas, vallados y acequias, destinadas a garantizar el abastecimiento de agua tanto para las haciendas como para los nuevos núcleos urbanos. La preocupación central de las élites se concentró en transformar la sabana en un espacio funcional al desarrollo económico, lo que coincidió con la reorganización político-administrativa del territorio en el marco del Estado-nación republicano. Según Vargas Tisnés et al. (2015), entre 1861 y 1863 Bogotá fue designada distrito federado y Funza capital del Estado Soberano de Cundinamarca, hecho que marcó el inicio de una nueva fragmentación del suelo y de un ordenamiento territorial basado en el libre mercado de tierras. Esta reorganización sentó las bases para una planificación que integró el control del agua como eje estructurante del crecimiento urbano y rural.

La creación de Mosquera y la fragmentación del territorio de Funza se enmarcan dentro del proyecto económico del libre cambio, dentro de la economía mundial capitalista, y liderado particularmente por los liberales, interesados en la libre circulación de la tierra, su uso productivo dentro del mercado y la conformación de una mano de obra libre. (Vargas

Tisnés et al., 2015, p. 90)

Figura 18. Rastros del curso de la toma de San Patricio.



Figura 18. *Rastros del curso de la toma de San Patricio.* Desde 1997, el agua que pasaba por este antiguo canal ha ido desapareciendo; se trata de un vestigio que conectaba las aguas del río Subachoque desde el siglo XVII. Este rastro evidencia, en el presente, la relación entre agua y poder en la organización hacendil de Funza, Cundinamarca. Fuente: Adaptación propia, Google Earth (imagen satelital, 2025).

Figura 19. Rastros de la zanja apodada “Toma de San Patricio”.



Figura 19. *Rastros de la zanja apodada “Toma de San Patricio”*. Esta toma tiene una intrínseca relación con el ordenamiento territorial de Funza y el poder del almacenamiento de agua para la zona rural. Actualmente se discute como patrimonio material del municipio. Fuente: Adaptación propia, Google Earth (imagen satelital, 2025).

En este contexto, los hacendados y las nuevas élites republicanas consolidaron la acumulación de tierras y promovieron la modernización de los procesos productivos, lo que incrementó la demanda de mano de obra y profundizó la transformación del paisaje. Un nuevo uso de valor de la sabana se articuló a proyectos que insistían en la “europeización del paisaje sabanero”, mediante la introducción de ganado europeo y la expansión de la ganadería, proceso que, como señala Delgado (2010), se intensificó durante el primer siglo republicano como parte de la modernización económica de la Sabana de Bogotá. Este circuito productivo involucró activamente a los pobladores locales, quienes encontraron en estas dinámicas nuevas formas de subsistencia, al tiempo que se fortalecían intercambios comerciales asociados a productos lecheros y, en menor medida, pesqueros.

El sostenimiento de este modelo exigió una creciente infraestructura hídrica, orientada a garantizar el abastecimiento de agua para la ganadería, el comercio y el naciente centro urbano. La construcción de acequias, pozos subterráneos y sistemas de distribución se articuló a la consolidación de un nuevo orden urbano, caracterizado por la plaza central de mercado, el ferrocarril y la iglesia parroquial hacia finales del siglo XIX. Este proceso inauguró una etapa clave en la historia de Funza, al introducir tensiones en torno a la privatización del agua y al acceso desigual a su potabilidad, anticipando lo que más tarde se conceptualizaría como la liberalización y privatización de los servicios básicos en las formas urbanas (Urquieta y Botton, 2020).

A lo largo del siglo XX, y particularmente en su segunda mitad, la cercanía con Bogotá aceleró la transformación del uso del suelo, convirtiendo a Funza en un territorio estratégico para actividades agrícolas especializadas, como el cultivo de flores, y posteriormente en un espacio de expansión urbana e industrial. Aunque el agua continuó sosteniendo prácticas pesqueras, recreativas y simbólicas que daban identidad cultural al lugar, su función comenzó a subordinarse a las dinámicas de urbanización, industrialización y deforestación, generando escenarios de escasez y contaminación. Funza pasó así de ser una villa anfibia, atravesada por múltiples relaciones con el agua, a configurarse progresivamente como un municipio dormitorio, integrado a las lógicas metropolitanas.

Figura 20. Fotografía plaza central Funza.



Figura 20. *Fotografía plaza central Funza.* Se observa la plaza en el parque principal, en un día de mercado muy común para esa época. El piso de la plaza aún se encontraba en tierra y al fondo se ve la parroquia Santiago Apóstol y la casa cural aún sin los balcones en las ventanas. Siglo

XX. Fuente: Nubia Fernández Gracia, Archivo histórico Funza.

Figura 21. Fotografía histórica del antiguo lago ubicado en el actual barrio El Lago, cerca del cementerio municipal.



Figura 21. Fotografía histórica del antiguo lago ubicado en el actual barrio El Lago, cerca del cementerio municipal. El lugar era propiedad de la familia Ramos Tenjo, quienes alquilaban balsas a la comunidad. No se conoce la fecha exacta ni la identidad de las personas en la imagen.

Fuente: Archivo Histórico Funza.

En la actualidad, esta transición se refleja en la configuración territorial del municipio, que combina una persistente ruralidad con una creciente mirada urbana. De acuerdo con el Plan de Desarrollo Municipal 2024–2027, el suelo rural ha disminuido levemente, mientras que el suelo urbano ha experimentado un crecimiento sostenido desde el año 2000, evidenciando la continuidad de las transformaciones históricas de la Sabana y de su gestión hídrica. Este panorama permite comprender que los conflictos y reconfiguraciones contemporáneas del agua en Funza no son fenómenos aislados, sino el resultado de una larga trayectoria histórica. Es precisamente en este marco donde se inscribe el siguiente capítulo, que se adentra en la escala barrial para analizar cómo estas herencias estructurales se materializaron entre 1970 y 2000 en el barrio El Hato II, un espacio atravesado por historias anfibas, disputas hídricas y memorias locales del agua.

CAPITULO III UN BARRIO ENTRE HISTORIAS ANFIBIAS: UN ANÁLISIS DE LA CONFIGURACIÓN

HÍDRICA DEL BARRIO EL HATO II ENTRE 1970-2000

Figura 22. *Cuerpos de Agua de Funza.*

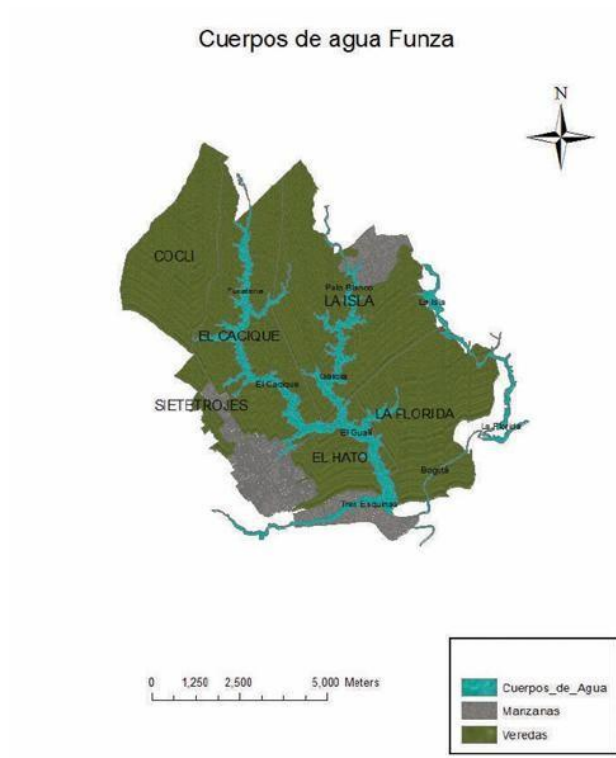


Figura 22. *Cuerpos de Agua de Funza.* Fuente: Melo Velásquez, Teófilo. Funza en la Historia de Colombia, Gil hel, Bogotá, 2009

Figura 23. Funza en 1970.



Figura 23. *Funza en 1970*. En la siguiente imagen podemos observar la extensión del humedal Gualí, el cual comprende aun un cierto porcentaje de extensión en el municipio. Fuente: Propia, adaptación de Google Earth, (2025)

Figura 24. Funza en el 2000



Figura 24. *Funza en el 2000*. Es notable observar los cambios acelerados en 30 años y la extensión urbana sobre el humedal Gualí, además de ver en esta imagen el surgimiento de barrios que dejan consecutivamente de ser vereda. Fuente: propia, adaptación de Google earth, (2025)

3.1 Transformaciones económicas y urbanas en Funza: condiciones previas a la urbanización barrial en 1970.

La Funza contemporánea no se encuentra al margen de las exigencias históricas asociadas a la industrialización y al desarrollo del capitalismo, que se intensifican a lo largo del siglo XX, procesos que, aunque impulsados inicialmente desde proyectos europeos, se materializaron en la Sabana de Bogotá a través de dinámicas locales específicas. A lo largo del tránsito entre finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, los modelos rurales decimonónicos comenzaron a entrelazarse con los intereses de las élites políticas y económicas del municipio, interesadas tanto en acelerar la transformación urbana como en reconfigurar el suelo bajo criterios de valor industrial y productivo. Este proceso no implicó una ruptura inmediata con el pasado agrario, sino una superposición de usos y significados del territorio que redefinieron progresivamente la relación entre agua, tierra y trabajo.

Un hito significativo de esta transición fue la Exposición del Centenario de 1910, realizada en Bogotá, donde la Sabana adquirió un lugar central como escenario del progreso agrario e industrial. Como señala (Delgado, 2010), esta exposición representó una puesta en escena del capitalismo mundial en un contexto local, en la que ya no solo el campo era protagonista, sino también los primeros avances de la industria nacional, junto con la introducción de “nuevas razas” o “razas mejoradas” de animales domésticos. La Sabana comenzó así a ser leída como un espacio

estratégico para la modernización productiva, reforzando su integración a circuitos económicos más amplios y consolidando su función como soporte material del crecimiento regional.

En este contexto, el espacio dejó de ser entendido únicamente como un soporte físico para convertirse en un medio activo de la acumulación capitalista. Tal como plantea (Smith, 2020) para que el valor se transforme en trabajo abstracto bajo el modo capitalista de producción, es necesario articular en el mercado procesos de trabajo concretos que ocurren en distintos lugares, aunque integrados entre sí. En la Sabana de Bogotá, esta articulación se expresó en la localización diferencial de actividades productivas ganadería, agricultura especializada, incipiente industria— que, sin desligarse de la totalidad del sistema, comenzaron a adquirir dinámicas propias. El espacio geográfico fue incorporado, cada vez con mayor claridad, como un medio económico en sí mismo (Smith, 2020).

Durante las décadas siguientes, la consolidación de actividades productivas como la ganadería intensiva y, posteriormente, la floricultura, profundizó la transformación del territorio. Como indica (Delgado, 2010), la acentuación de la ganadería en la Sabana de Bogotá, acompañada de procesos de modernización implicaron la introducción de especies no nativas y una creciente demanda de agua, que marcara toda la historia posterior de la sabana. Estas actividades requirieron la construcción de nuevas infraestructuras hídricas canales, pozos, tomas subterráneas y reforzaron el control privado sobre un recurso que históricamente había sido común, vinculados con nuevos intereses de acumulación por medio de nuevas actividades productivas como las floras.

A partir de mediados del siglo XX, estas dinámicas se articularon con un proceso acelerado de urbanización y crecimiento poblacional. La Sabana comenzó a configurarse como un espacio de recepción de migraciones, un territorio de expansión residencial y, progresivamente, un soporte

para nuevas actividades industriales. En palabras de (Harvey,2000), la urbanización concentra fuerzas productivas y fuerza de trabajo, intensificando la infraestructura urbana como base de la acumulación de capital. En Funza, este proceso implicó una presión creciente sobre los ecosistemas acuáticos, la reducción de humedales y una transformación profunda de la relación cotidiana con el agua.

Hacia la década de 1950, aunque aún se conservaban casi intactos humedales como el Gualí, El Cacique y la laguna La Florida espacios de pesca, recreación y encuentro comunitario, la presión urbanizadora comenzaba a hacerse evidente (Vargas Tisnés et al., 2015). Estos cuerpos de agua, que durante décadas habían sostenido prácticas anfibias y memorias colectivas, empezaron a verse amenazados por la expansión del suelo urbano, la deforestación y la contaminación. Así, el agua pasó progresivamente de ser un elemento central de la vida cotidiana a convertirse en un recurso escaso, gestionado y disputado.

Estas transformaciones territoriales sin duda expresaron de manera concreta en la reorganización del suelo, la concentración de la propiedad y la implementación de infraestructura básica. Pero también la necesidad de servicios básicos para vivir, no bastó solo en que, a mediados del siglo XX, Funza experimentara mejoras graduales en los servicios urbanos, como la instalación de la luz eléctrica en 1921 y la construcción del acueducto en 1931, a partir de un tanque metálico con capacidad de 55.000 litros que permitió el establecimiento de 26 lavaderos comunales (Vargas Tisnés et al., 2015). Puesto, a que estas mejoras se concentraron principalmente en el núcleo urbano, mientras la mayoría de la población campesina continuaba habitando pequeñas parcelas rurales, manteniendo una relación cotidiana y directa con el agua y los ecosistemas circundantes.

Creando pequeñas veredas con vida anfibia, lejana del centro y el cual sería el punto de partida en su segregación espacial, notoria en la actualidad.

Este conjunto de transformaciones históricas y territoriales constituye el marco desde el cual es posible comprender la emergencia de los barrios populares en Funza a partir de la década de 1970. La urbanización de sectores como el Hato no puede entenderse únicamente como un fenómeno reciente, sino como el resultado de una larga reconfiguración del espacio, del agua y de las relaciones sociales. Es sobre estas capas superpuestas de historia anfibia, modernización productiva y expansión urbana que se inscribe la trayectoria del Hato Segundo Sector, cuya configuración hídrica y territorial será analizada a continuación.

Figura 25. El Jaguar una de las antiguas pilas públicas de agua.



Figura 25. *El Jaguar una de las antiguas pilas públicas de agua.* Pilas públicas hechas en cemento que representaron un jaguar, el tronco de un árbol y la imagen de un chibcha.

Actualmente solo se encuentra la del jaguar. Fuente: Melo Velásquez, T. (2009).

3.2 El Barrio el Hato II: Una vereda entre zanjas y humedales.

La historia del barrio que hoy reconocemos como Hato Segundo Sector no emerge de la nada: se levanta sobre capas profundas de territorio donde el agua fue, por siglos, el eje ordenador de la vida social, ecológica y productiva. La Sabana de Bogotá, y particularmente Funza, se configuraron como espacios anfíbios en los que los humedales, las chucuas, las quebradas y los antiguos canales conectaban a los habitantes con un modo de existencia moldeado por las oscilaciones del agua. Hasta bien entrado el siglo XX, estos paisajes no eran un telón de fondo natural, sino una infraestructura viva que determinaba los caminos, las cosechas, los oficios, las festividades y las memorias que la comunidad transmitía de generación en generación.

Entre 1970 y 2000, esta existencia anfibia comenzó a tensionarse con el avance de la urbanización acelerada, la expansión de Bogotá hacia Occidente y la consolidación de nuevos proyectos económicos que transformaron profundamente la relación con el territorio. Estos cambios no solo modificaron la circulación y presencia del agua; también alteraron las formas de vida, el valor del suelo y las lógicas de apropiación comunitaria. En este periodo emergen nuevos barrios, nuevas identidades y nuevas disputas por el espacio, mientras las antiguas memorias acuáticas empiezan a convivir y a veces a colisionar con el ordenamiento territorial contemporáneo, que reconfigura la Sabana.

Comprender este proceso exige reconocer que cada barrio encierra una historia mucho más amplia que su apariencia actual. Cada calle, cada conjunto de casas y cada nombre guarda un rastro de aquello que fuimos antes de la llegada del cemento, las avenidas y las expansiones industriales.

En este sentido, estudiar la configuración hídrica y territorial de estos barrios no es solamente una tarea descriptiva; es un ejercicio político y cultural que busca volver a escuchar aquello que el agua dejó inscrito incluso cuando ya no es visible.

En este marco, la fundación y consolidación de los barrios que hoy conforman Hato adquiere una relevancia especial. Los relatos comunitarios y los documentos locales permiten observar cómo el tránsito de vereda a barrio representa un momento clave en la ruptura de las formas tradicionales de habitar el paisaje hídrico. Tal como lo registra Bacatá: Cultura Viva, esta transición quedó marcada por la organización comunal y por la llegada de nuevas dinámicas urbanas que reordenaron el territorio:

“El barrio Hato 2º sector dejó de ser vereda para convertirse en barrio a principios de los años 80, es uno de los sectores más antiguos y grandes del municipio, dividido en 3 partes: Hato 1, Hato 2 y Hato Casablanca. Su Junta de Acción Comunal (JAC) fue fundada en 1964 por Joaquín Benavides, Julio Cuervo, Rafael Ramírez, Ernesto Cheque y Belarmino Riaño y su actual presidente es Jairo Guaqueta Cedeño. (Bacatá, Cultura Viva, 2015.P 185)

3.2.1 El barrio el Hato: Un testimonio autoetnográfico

Figura 26. Ubicación del barrio el Hato II.

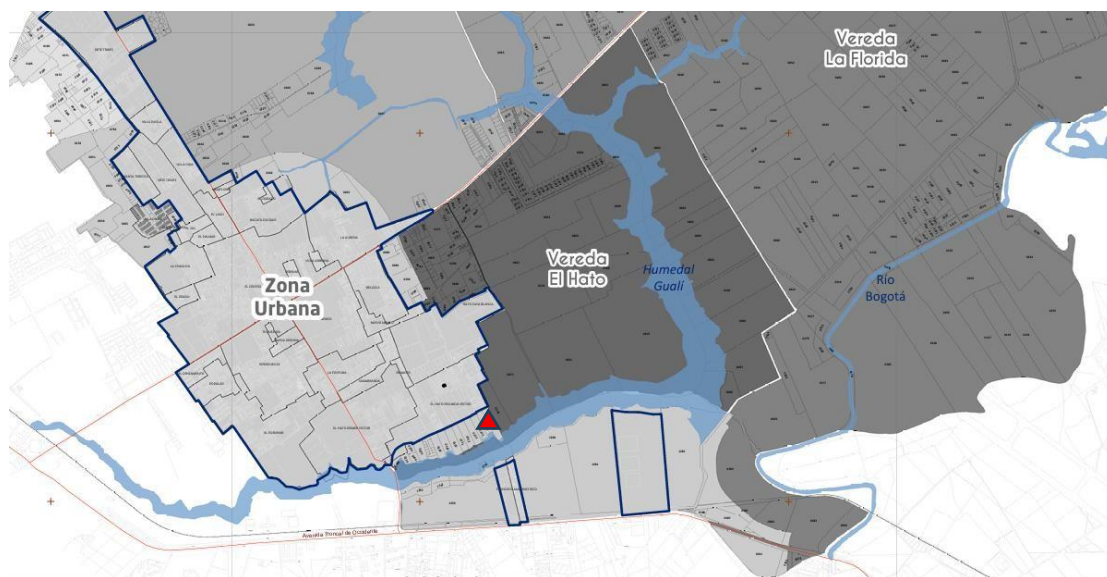


Figura 26. *Ubicación del barrio el Hato II.* Podemos observar la cercanía del humedal Gualí y la gran extensión rural de la vereda el Hato. En rojo podemos observar la ubicación del barrio hato II. Fuente: Adaptación Propia del mapa oficial de la Alcaldía Municipal de Funza (2025). *Mapa general Funza* (Archivo PDF)

Algo que me causo vital interés en realizar este apartado, es la necesidad de exponer las migraciones de Boyacá hacia estas zonas periféricas del municipio, desde 1970, resulta que hay más de 5 casas conformadas por personas que provenimos de Chita Boyacá, el cocuy, Chiscas, Monquirá y Güicán en el barrio, aún más asombroso es tener un lazo inmenso de amigas y amigos regados por el municipio, que nos consideramos Boyacenses. Es un reto, encontrar, sin embargo, raizales propios de la sabana, o visualizar descendientes de un territorio muisca, con antecedentes de linaje. Mientras en este inicio investigativo, se busca demostrar, como las personas que

empiezan a llegar a la sabana, forman un arraigo y una organización urbana comunal con el agua: al llegar a este municipio mi padre y mi madre tenían conocimiento en construcción de aljibes, comprendían el ciclo del agua y recolección de aguas lluvias. Saberes importantes aprendidos en una montaña, donde crecieron y vivieron mis abuelos en Boyacá.

Así, estas vidas llenas de sabiduría, donde el agua hizo presencia, me llamaron para reconocer que mi linaje anfibio, no se apartó de la historia de un municipio con una larga temporalidad entre el agua: la tierra y el agua moldeadora y generosa de alimento, saberes y peces. Así, esto culminó en un llamado, sobre todo a la observación temporal y espacial, desde las vivencias de mis vecinos y pobladores, como fuente primordial en el entendimiento de la producción del espacio. Vecinos juntos acá, me hicieron entender nuestra relación dialéctica, con el pasado hídrico de la sabana de Bogotá, como forma de enunciar, las soberanías de cada pueblo. Necesarias no solo en tiempos de crisis ambientales en los países de América del sur, sino de unión con las presencias comunales que reúnen la memoria política y social de un lugar.

Figura 27. Ubicación Barrio el Hato II.



Figura 27. Ubicación Barrio el Hato II. Podemos observar la ubicación de las casas en la actualidad y la ubicación de los principales vecinos que hacen parte del relato.

Fuente: Autoría propia, (2025).

Al entrar a nuestro barrio: se parten dos calles y dos aceras: en el medio una casa singular que aparta, dos salidas y entradas de movilidad, (Figura 24) ahí en la primera acera, con la que me he familiarizado más, se encuentra dos tiendas: una que cuando era pequeña, la dueña se llamaba doña María: mi papa decía que era paisana porque era de Boyacá, pero que era goda, esos eran los malos. Sin embargo, era muy hospitalaria y tenía canchas de tejo, donde más de una vez acompañe a mis padres a jugar con los vecinos, además nos fiaba: como práctica muy popular, la confianza brindada para que después de que mis padres tuvieran dinero le pagáramos. En la posterior tienda: ha pasado por muchos vecinos: primero existía una familia que le decían “los panaderos” señores que habían migrado del Tolima a Funza desde 1990, se dedicaban a fabricar panes y rentaron esa

tienda, para tener un mejor acceso económico, también tenían canchas de tejo y era lugar de reunión para tomar cerveza. Mi padre se hizo muy buenos amigos de ellos, sin embargo, se fueron a vivir a Honda, donde aún lo llaman para ir a pescar cuando hay subienda de pescado.

Hace como 4 años atrás, una nueva familia arrendo esa tienda, ironía, cuando nos dijeron que eran de Boyacá, se convirtieron rápidamente paisanos de mis padres: ahora la tienda es más que un lugar, donde mis vecinos y trabajadores de la zona rural, “van a echar pola”, recientemente matan corderos y realizan la sopa “mute”. Como en mi casa aun hacemos esas recetas, en nuestra cocina en leña, intercambiamos constantemente lo que cocinamos, con ellos. Sin embargo, el compartir no ha sido algo reciente: mi mamá siempre ha hecho envueltos, tamales boyacenses, sancochos y cuando podemos le llevamos un “bocado” a los vecinos. Lo que demuestra, que, en estas relaciones humanas, mediadas por nuestra forma autóctona de producir comunidad, al llegar a Funza no desaparecieron, sino que se tejieron con unas formas también comunales que otros vecinos traerán en sus maletas, cuando migraron a la sabana de Bogotá.

En frente de esta tienda, vive don Rodrigo, llegó hace unos 6 años, proviene de Boyacá, Socotá, perdió a su esposa hace poco, un señor que trabaja en la zona rural de Funza, cosechando papa, hortalizas y maíz. Me recuerda vitalmente la cercanía con el campo, pero también un señor ya de edad con 70 años, desgastado y cansado por las dinámicas de su trabajo: cuando yo estoy esperando mi bus en la avenida, sale con sus botas a las 5:30 de la mañana y vuelve por la noche con bultos de alimento, a veces mi padre le compra bultos de papa o mazorca. Al lado derecho de su vivienda, la casa cubierta por tejas, ubicada en una notable centralidad, habita una familia extensa, no muy de nuestra cercanía, sin embargo, aunque no pude entrevistarlos, hacen parte de la narrativa completa en que se creó este barrio: Mi papá recuerda que cuando el llegó, joven, los dueños eran don Jerónimo y doña Cecilia, trabajaban en ordeño y provenían de Moniquirá Boyacá,

su casa era de tejas y paredes de barro. Doña, Lionsia me comento que esa casa era un hito en donde se dividió el barrio, por dos familias, que se disputaban en el año de 1980 el poder del barrio y finalmente consideraron unirlo en una sola calle.

Doña Lionsia, esposa de Don Belarmino, viven en frente de esa casa, familiares de los “Zamora”, conocidos así, por su apellido en nuestro barrio. Sus abuelos le heredaron gran parte de lotes del barrio: es una familia extensa y tienen 5 casas donde viven la extensión de hermanos y sobrinos. Su historia toma relevancia, pues sus abuelos, en el loteo de la gran hacienda que era este barrio, compraron una parcela de tierra, que cada vez, con la compra simultánea, se convirtió en una serie de casas habitados por ellos. Se dice, que ellos, nacieron en Funza y tal parece que no migraron, sino que siempre vivieron acá, en algunos pueblos que se apodaron parte de Bacatá y se dedicaron a ordeñar y cuidar vacas.

Más adelante se encuentran casas, con sujetos importantes, como don Beto, un señor que se ha dedicado al ordeño gran parte de su vida: ahora tiene 4 vacas y lo más significativo es ver su carro, con el cual en los años 90 iba a vender leche por algunos barrios de Funza. Su cercanía con el barrio es importante: desde niño ha vivido acá y legitima el trabajo de ordeño que le heredaron sus padres. Posteriormente se encuentra lotes inhabitados y familias, que, aunque reconocemos en su lejanía, no están nunca dispuestas en comunicarse con nosotros y otros vecinos. En lo notable: una familia de dos viejitos de 80 años, que viven en una casa de un piso llena de flores, no tuvieron hijos, suelo siempre verlos salir juntos a caminar: parece una vejez llena de cariño y soledad.

A lo largo del barrio: al lado de la tienda de doña María, se encuentra la casa lote de don Pepe, no solo fue un gran amigo de mi tío José Ochoa, aunque mi tío llego en 1920 al Hato y don Pepe, en 1980, pudieron compartir cervezas y anécdotas. Don pepe, vive solo y adopto un muchacho, hace unos 15 años, cuando una familia, la cual, cuidada la extensión agrícola de atrás

de nuestra casa, llego con varios hijos y él quiso acoger uno. Es un señor ya de edad, con 76 años, aun se dedica a hacer arreglos de albañil cuando le solicitan, su casa cuenta con un lote: ahorita siembra papa y hortalizas y es muy común verlo salir con su bicicleta por las tardes.

Sucesivamente han llegado vecinos, en las siguientes casas, que temporalmente en proceso de arriendo, duran uno o más años viviendo y después se van. Solo mis vecinos, con los que pude dialogar, han estado presentes en el barrio por más de 15 años o más, algunos con más vivencias y cercanías con la vereda a la que llegaron sus padres, otros no recuerdan. Por ello, hasta el momento es esencial reconocer que hacer una descripción completa, toma muchos años de investigación, donde se pueda profundizar en el diálogo de cada vecino y vecina, con las cuales los lazos también de comunidad tienen que estar muy cimentados para poder entablar una amena comunicación y reunión de testimonios.

Al final del barrio, se encuentra una extensión de lotes: uno marco mucho mi infancia; en él había marranos y los cuidaba un señor amigo de mi tío, llamado Don Santiago, mi recuerdo más lindo allí es cuando quería ir a ver los marranitos y jugar, aunque mi mama nos decía: “ojo con el pozo que se pueden caer”. Al final, de la “cuadra” después de este lote, están todos nuestros familiares: Mis primas, tienen todo un callejón que mi tía Triana, les dejo de herencia. Posterior a que llegó mi tío, cuando migro en 1920 hacia el Hato, llegaron mis tías y después mi padre, así la compra de lotes a muy bajo precio permitió que hoy primos y sobrinas pudieran construir su casa. Mi tía Triana, llega en 1954 a Funza, empujada por el conflicto entre Conservadores y liberales en Boyacá, se dedicará al oficio de vender hierbas en la plaza de mercado en el parque de Funza, Ahora solo vive su esposo, un señor apodado don Celestino, con el cual, durante años, hemos aprendido del uso de hierbas y de las grandes anécdotas vendiendo en la plaza de mercado principal.

Mi casa, como suelen decir mis amigos, “es la última del último barrio de Funza”. La llegada de mi familia a este territorio se remonta a 1978, cuando mi padre, con 25 años, migró en busca de trabajo y de un lugar donde establecerse junto a los suyos. Su decisión de permanecer estuvo mediada por la presencia previa de mi tío, quien había llevado a mi abuela a vivir con él, ante el creciente abandono que comenzaba a hacerse evidente en Chita, Boyacá, municipio de origen de nuestra familia. En este contexto, la migración se inscribe como parte de un proceso más amplio de desplazamiento rural, marcado por el progresivo olvido del campo, las grandes oleadas migratorias, la violencia ejercida por diversos actores del conflicto armado y la búsqueda de oportunidades laborales condicionadas por la demanda urbana, constituyéndose así en el punto de partida de un relato de ocupación y arraigo en la vereda El Hato, por parte de mi familia.

Junto a mi casa se observan viviendas deshabitadas, en ruinas o transformadas en bodegas de almacenamiento, así como casas habitadas por familias que no cuentan con acceso regular a servicios básicos como la luz y el agua. Estas condiciones revelan experiencias cotidianas atravesadas por formas de violencia estructural, visibles en las limitaciones para acceder a la educación, al trabajo y a condiciones mínimas de dignificación de la vida, que incluso se expresan en la presencia constante de animales callejeros en el barrio. El territorio fue clasificado como estrato 2 hasta la década de 1990 y los primeros años del siglo XXI, cuando la venta progresiva de lotes por parte de inmobiliarias impulsó un cambio en la estratificación y una transformación profunda del paisaje urbano. En la actualidad, al salir del barrio emergen grandes conjuntos de apartamentos y zonas comerciales que coexisten con barrios populares, evidenciando formas de vida cotidiana desiguales dentro de un mismo espacio urbano

3.3 Una concertación barrial en límites con el humedal: una crisis ambiental predestinada en el avance urbano en 1970

Figura 28. Ubicación humedal Gualí.



Figura 28. Ubicación humedal Gualí. Fuente: Autoría propia, (2025).

La historia de la urbanización en Funza, particularmente entre los años 1970 y 2000, no comienza con los grandes proyectos inmobiliarios del reciente siglo XXI, sino en transformaciones silenciosas que se profundizaron a lo largo del siglo XX. Estas transformaciones respondieron a dinámicas y contradicciones internas de la expansión del mercado y de la accesibilidad de la vivienda en Colombia, atravesadas por presiones importadas del modelo capitalista que empezaba

a globalizarse, como ya observamos en el capítulo 2. En este periodo, la urbanización dejó de ser un fenómeno aislado para convertirse en un proceso estructural que reconfiguró la relación entre territorio, vivienda y mercado en municipios como Funza. Este tránsito marcó el paso de formas rurales de ocupación a nuevas configuraciones espaciales urbanas en disputa.

Uno de los ejemplos más claros de este proceso se observa en el surgimiento y consolidación de barrios populares, tal como el Hato II sector. Aunque su formación inició en la década de 1930, entre las décadas de 1970 y 1980 el barrio adquirió un nuevo sentido al insertarse con mayor fuerza en dinámicas urbanas. Durante estos años, la ocupación combinó lógicas comunitarias y necesidades de habitación con un modelo normativo de producción del espacio, atravesado por la migración, la violencia y la demanda de trabajo. Por una parte, como expone (Abramo, 2011, p,340) “La lógica de la necesidad impulso el proceso de ocupación popular de tierras urbanas al inicio del siglo XX, y a partir de la urbanización acelerada de los años cincuenta se transformó en la principal forma de acceso de los pobres al suelo urbano, en muchos países latinoamericanos.”.

Los primeros barrios del municipio, desde su importancia local en los modelos de vida raizales que en este capítulo analizaremos, mantienen una estrecha relación con la historia de la accesibilidad hídrica. Esta relación se hace especialmente visible entre 1970 y 2000, cuando se profundizan las disputas por el espacio entre lo rural y lo urbano. No es incierto que para vivir se requieren condiciones que dignifiquen la vida, como salud, cercanía, trabajo, salubridad, alimento y servicios. La ciudad se convierte entonces en un objeto de análisis donde permea el derecho a la vivienda y las tensiones propias de su acceso.

En el marco de esta característica estructural de la formación social y urbana latinoamericana, vamos a subrayar lo que identificamos como el retorno, o la reafirmación,

del mercado de suelo como una fuerza que potencia la producción de una estructura socioespacial desigual (Abramo, 2011, p.342.)

En esta línea, como lo plantea Henri Lefebvre en *La producción del espacio* (1974), el espacio urbano no es una cosa, sino un conjunto de relaciones sociales. Por tanto, lo que se entiende como ciudad o urbanidad no es neutro ni natural, sino resultado de luchas, prácticas y representaciones históricas. Sin embargo, la mirada dominante sobre los barrios populares ha sido muchas veces la de la ausencia, asociada a la falta de planificación, servicios o estética. Esta visión ha invisibilizado la emergencia en América Latina de construcciones barriales atravesadas por luchas, identidades y memorias colectivas.

Nuestro barrio presenta características históricas y espaciales que resultan fundamentales de retomar, comenzando por su caracterización oficial y su cercanía con el humedal Gualí. A menos de dos kilómetros de distancia, como se observa en la figura 24, esta zona articula en su ordenamiento territorial el uso del suelo rural, urbano y ambiental. En este orden, se concentra una ocupación mediada por un factor ecológico que responde a una historia hídrica de larga duración. La cercanía con la vía principal que conecta el río Bogotá refuerza la importancia estratégica de este territorio.

Antes de continuar, es necesario aclarar que el humedal Gualí es uno de los meandros que hacen parte de la historia hídrica reunida en nuestro pasado territorial. Además, cumple una función ambiental vital dentro del ecosistema regional. Este espacio ha sido definido como “refugio de especies en peligro a nivel global, como el cucarachero de pantano y la tingua bogotana; especies amenazadas a nivel nacional” (CAR, 2014, p.45). Su presencia condicionó históricamente las formas de ocupación y uso del suelo en el área circundante.

Dada la cercanía del barrio con el humedal Gualí, resulta fundamental reconocer las transformaciones que este ha sufrido entre 1970 y 2000. Desde temprana edad, hemos sido testigos de cambios en el paisaje ecosistémico, como la introducción de especies no nativas de flora y fauna y la expansión de la ganadería. A ello se sumó la intención deliberada de hacer desaparecer el humedal mediante rellenos y la siembra de pastizales. Estas acciones transformaron los dos kilómetros que separan al barrio del humedal en un paisaje agrícola sin rastro visible del ecosistema original.

En este contexto, los barrios cercanos compartieron dinámicas socioambientales similares a lo largo del periodo estudiado. Con el paso del tiempo, estas dinámicas derivaron en un aumento de la contaminación y en problemáticas ecológicas crecientes. Como lo afirman Según Vasco Zamudio y Sánchez (2017, p. 15), “se entiende la contaminación como una amenaza a la salud pública y a la economía agrícola que toma sus aguas para riego y para el consumo de animales productivos”. Estas afectaciones marcaron de manera profunda la relación entre comunidad, agua y territorio.

A medida que se profundizó el ordenamiento territorial al margen del deterioro del humedal, se evidenció que en el municipio de Funza el paisaje resultante hacia finales del siglo XX era desolador. Aunque instrumentos como el artículo 83 del Plan de Ordenamiento Territorial actual, contemplan una malla ambiental que delimita el área y propone actividades agropecuarias sostenibles, la realidad distó de lo planteado en el papel. Desde décadas anteriores, especies no endémicas como el ojo de poeta y el pino ya introducidas por los hacendados como barreras frente a inundaciones y procesos de desecación, tomaron gran extensión paisajística. A esto se sumaron la contaminación por vertimientos químicos, la construcción de la vía 80 y 13 a mediados del siglo y las licitaciones asociadas a la zona franca, “un antecedente de apertura comercial y empresarial

finalizando la década de los 90”, consolidando una pérdida irrefutable del territorio y de su riqueza ecológica.

Figura 29. Presencia de Pinos en el Humedal Guali, en menos de dos kilómetros del barrio el Hato II.



Figura 29. Presencia de Pinos en el Humedal Guali, en menos de dos kilómetros del barrio el Hato II. En la imagen se observa la presencia de una barrera de pinos, en límites de la zona rural y la última casa del barrio Hato II. Fuente: Autoría propia, (2025)

Estas transformaciones responden a las lógicas de un sistema que subordina la función ecológica de los humedales a intereses económicos, privilegiando la expansión y acumulación del capital. Tal como lo expresa (Hidalgo, Camus, Alvarado, Paulsen & Olea, 2016, p. 14) “estas dinámicas conforman el imaginario espacial de lo natural, ya no como un sustrato dado, sino como una pieza más de la naturaleza inventada a partir de la reproducción del capital”. También nos interesa relacionar su deterioro, en este orden, también a una cuestión de la producción de un paisaje urbano, asignado a una periferia, entendida esta como al margen de la centralidad. Para

este texto es primordial advertir, la crisis ambiental, como factor de segregación socioespacial, como expone (March Corbella, 2013, p 139). “Entrado el siglo XXI, observamos como esferas de la naturaleza que estaban fuera del mercado son incorporadas en las lógicas de acumulación capitalista, principalmente a través del establecimiento de nuevos derechos de propiedad y de lógicas mercantiles”.

Barrios como Martínez Rico y El Hato, interconectados con las dinámicas naturales del ecosistema circundante, producen una forma distinguible de organización en las afueras del municipio, primero como vereda, después como barrio, donde se observa cómo el mercado actúa sobre el espacio incluyendo el ambiente natural, condensando operaciones en las que el paisaje salubre se utiliza únicamente para generar nuevos paisajes artificiales, ambientados en la movilidad y en la localización de empresas y barrios periféricos. Como lo expone, (March, 2013, p. 141) “en el marco neoliberal, la naturaleza es redefinida como un objeto de gestión económica, subordinado a criterios de eficiencia y rentabilidad” lo cual permite comprender cómo se convierte en mercancía”. En este contexto, el humedal no solo adquiere un valor dentro del mercado del suelo donde se negocia su uso a bajo costo, sino que, por su lejanía con respecto al centro municipal, se le asigna una función estratégica, en la que su insalubridad y contaminación no representan un obstáculo para las empresas ni para la expansión de cultivos. Lo que implica que, al igual que una selva deja de ser vista como hábitat vital para miles de especies y se valora solo por su madera, en este caso el humedal es reducido a un sistema de inundación que genera excedentes cuyo uso está mediado por licitaciones.

No es lo mismo vivir cerca del asfalto que a cinco cuadras de él; no es lo mismo vivir en una cuadra iluminada y asfaltada que en una de tierra; no es lo mismo vivir cerca de un arroyo hacia el que corren las zanjas y en el que fluyen las aguas

servidas de todo el barrio, que lejos de él, ni es lo mismo vivir cerca del tendido de cables de alta tensión o a cierta distancia de él. (Di Virgilio & Perelman, 2014, p. 27)

3.4. Un barrio entre lo rural y lo urbano: la crisis hacendil como fenómeno de avance, durante 1970.

Es esencial direccionar nuestro entendimiento hacia la construcción de barrialidades, a finales del siglo XX, en torno a la presencia material del agua en el municipio: hace 50 años, nuestro barrio vivía entre zanjas, y tal parece que todo Funza también. (Como expone *Bacatá*, 2015, p. 111): “Las calles en tierra, (o en cascajo) surcadas por húmedas zanjas y charcos donde a menudo se podían ver las ‘guapuchas’, pececitos pequeños que abundaban en el río Bogotá y en los humedales aledaños”. Las dinámicas locales que mis vecinos vivieron desde que llegaron en 1970, no se alejan de haber observado los peces, el agua y el proceso hídrico de recolección de aguas lluvias, así como de la presencia del humedal. Sin embargo, la configuración rural, que predeterminó la existencia de una gran hacienda apodada “El Hato”, será sustituida por el loteo inmediato, que, en los posteriores años, ya finalizando el siglo, dará paso a un barrio donde muchas personas migrantes olvidarán su tejido comunitario con el agua.

Mi vecina (Leonsia, ,2025) que llegó muy joven a la vereda El Hato en la década de 1960, recuerda como lo primero la presencia de un gran hacendado, dueño de todo lo que se conocía como “la finca El Hato”. Relata la existencia de una extensa zona rural donde se sembraba papa, maíz, lechuga, pero sobre todo destaca la presencia de unas grandes zanjas que transportaban el agua para la producción agrícola. Esta agua provenía del río Subachoque y hacía parte de una arquitectura hidráulica elevada que abastecía las haciendas, situando a las zanjas como una de las evidencias materiales más significativas de esta ruralidad ineludible. Sin embargo, también se

potenció el almacenamiento y uso del agua fuera de las haciendas para subsidiar las necesidades básicas de vida de quienes empezaban a asentarse en la zona. Imaginemos, por ahora, unas casas sin servicios, pero con la presencia de zanjas de donde podían sacar agua. Su existencia, sin duda, estuvo intrínsecamente ligada al modo de vida hasta el momento campesino y a la producción agrícola de la Sabana.

Figura 30. Rastros de zanjas.



Figura 30. *Rastros de zanjas.* Mi padre cuando llego en 1978 observo una serie de zanjas que pasaban, hoy son las recientes calles, además de la presencia aun de guapuchas. Fuente: Autoría propia, Adaptación mapa satelital Google Earth, (2025)

Consecutivamente, otros vecinos, que recuerdan cuando sus padres llegaron en los años 60 y también trabajaron el campo, describen su cotidianidad con el agua, en un momento en que ya se vivía la crisis del modelo hacendil, empujada por la arremetida de nuevas industrias que reclamaban el suelo para otros fines. Aunque muchas familias dejaron de cultivar, algunas mantuvieron prácticas agrícolas, en una convivencia tensa entre lo que resistía y lo que llegaba.

Esto permitió que ciertas relaciones de producción del pasado continuaran por un tiempo, aunque fueron rápidamente suplantadas por nuevas dinámicas que transformaron la mirada sobre la vereda. De esa manera nació no solo una nueva estructura histórica acelerada, que convirtió campos y zanjas en calles pavimentadas, sino también un sistema de añoranzas en el barrio, con bases comunitarias ya construidas.

Figura 31. Hacienda Casa Blanca.



Figura 31. *Hacienda Casa Blanca*. Todo el sector del hatu se apoda parte de la hacienda Casablanca. Fuente: Melo Velásquez, T. (2009).

Así, nuestras casitas, con una vista espléndida del paisaje agrícola, fueron testigos del paso del tiempo y de nuestra cercanía inmediata con el límite rural-urbano de Funza. Desde nuestra casa y la de cada vecino, el paisaje aún personifica un lugar que podría decirse rural, con grandes resguardos de trabajo acumulado, legado de los padres de mis vecinos más antiguos. Muchos ya no trabajan la tierra, pero habitan en un barrio atravesado por una cotidianidad agrícola: recuerdo que mi mamá nos llevaba a rastrojear papa y mazorca, y así todos mis vecinos alguna vez lo hicieron. Aunque la ruralidad en Funza parece estar en crisis, persiste una herencia construida

desde la tenencia de la tierra que mantiene lazos vivos con la producción agraria, aun cuando la arremetida de inmobiliarias la redefine constantemente como una categoría en extinción, moldeada por las dinámicas del capitalismo.

Figura 32. El paisaje rural del Hato ll.



Figura 32. *El paisaje rural del Hato ll.* Detrás de cada casita el paisaje rural, de lo que algún día fue la gran hacienda casa blanca. Fuente: Autoría propia, (2025)

La ruralidad en Funza, más allá de su dimensión cultural y desde el relato de mis vecinos, debe entenderse como parte de una lógica espacial que refleja las tensiones del capitalismo avanzado y su expresión en la transformación de las periferias en los años, que expresa la historia durante los años 80 en que pasa de ser una vereda a barrio. La historia del uso del suelo en la sabana de Bogotá evidencia un modelo de acumulación heredado desde la colonia, concentrado en pocas manos, que hoy se traduce en conflictos de justicia espacial y en la conformación de nuevas barrialidades populares. Esta transformación no solo desconectó elementos materiales como las zanjas, sino que también reactivó el modelo hacendil como dispositivo que procesó el cambio de

valor del suelo, tal como lo señaló Mariátegui al afirmar que “el régimen de propiedad de la tierra determina el régimen político y administrativo de toda nación” (Mariátegui, 1928, p. 80). A pesar de los avances técnicos, persisten prácticas feudales que estructuran la tenencia de la tierra y reproducen contradicciones no resueltas del pasado, donde —como también advirtió Mariátegui— la renta y el monopolio del suelo continúan siendo nodos centrales de disputa en estos territorios.

Este cambio, aunque rastreable en la producción del espacio en nuestro barrio, se presenta lleno de contradicciones. En la urbanidad de los siguientes años desde las décadas de 1950, se expresa como una crisis cuya escasez —particularmente del agua— está socialmente condicionada. Esta crisis se manifiesta en la gobernanza del recurso, su cobertura, accesibilidad y en el ordenamiento territorial, donde fuimos testigos de la extinción de formas implícitas de comunalidad, como la relación colectiva con el agua y la tierra. Al reconocer que el espacio no es estático, sino un producto histórico que se transforma y se inscribe en la materialidad del paisaje (Fals Borda, 2000), observamos cómo el modelo urbano-comunal que reconfiguraba a la población no incluyó una participación activa en el destino de las zanjas: como recuerda mi padre, para la década de 1980 el agua ya bajaba menos, pero a nadie le importó mientras existiera una cobertura en los barrios, por la cual habían luchado tener, alcantarillado.

Como he señalado, “es imposible analizar la persistencia de las inequidades del agua separada de los procesos de urbanización que han definido y constituido las ciudades contemporáneas” (Perales-Miranda, 2023, p. 41). Por eso, es clave no olvidar el uso de la tierra y el tránsito de la crisis hacendil como un proceso en el que la pérdida de las zanjas se entrelazó con factores externos que profundizaron las inequidades sociales. Estos procesos consolidaron no solo una problemática relacionada con el acceso a la tierra, sino también con el control total sobre las necesidades básicas de la vida agua incluida en contextos como el nuestro, (CLACSO, 2024). Así

se inicia una compleja transición entre la persistencia de lo rural y el avance de una urbanización que, lejos de ser neutra, redefine por completo las formas de producir cotidianidad.

Figura 33. El paisaje rural del Hato II.



Figura 33. *El paisaje rural del Hato II.* Detrás de cada casita el paisaje rural, de lo que algún día fue la gran hacienda casa blanca. Fuente: Autoría propia, (2025)

3.5. El pasado y los usos de construcción de vivienda entre la década de 1970 hasta el 2000

La relación entre la vivienda y la presencia hídrica en el barrio Hato 2 (Funza, Cundinamarca) no es una casualidad, sino el resultado de procesos sociales, económicos y técnicos que se entrelazan desde mediados del siglo XX. En este contexto, el agua en forma de zanjas, humedales, camellones y sistemas tradicionales de drenaje ha configurado no solo el paisaje físico, sino también las prácticas de construcción, las estrategias de autogestión por parte de los habitantes y la forma urbana. Al analizar el periodo entre 1970 y 2000, se observa cómo las familias, obligadas a adaptarse a las condiciones hídricas locales, desarrollaron tipologías constructivas particulares, han construido infraestructuras informales de drenaje y han articulado su vivienda con el manejo

del agua como es el caso de la construcción de aljibes. Además, estos procesos no pueden comprenderse sin considerar la expansión metropolitana de Bogotá, que transformó el suelo rural de Funza en espacio residencial, ni sin las tensiones entre el acceso equitativo de servicios públicos y de soberanía espacial de las personas que empiezan a configurar el barrio, este apartado se propone explorar estas dimensiones natural, técnica, social para entender cómo el agua con en el fenómeno rural ha sido un actor central en la configuración arquitectónica y urbana de Hato 2.

Aunque situamos nuestro análisis a partir de la década de 1970, las transformaciones territoriales se sostienen en procesos históricos previos que consolidaron las bases de la urbanización en Funza. La crisis del modelo hacendatario, junto con los discursos de modernidad y desarrollo, condicionó la llegada de la expansión urbana desde Bogotá hacia áreas rurales, influyendo en la demanda de vivienda y la configuración de barrios como Hato 2. (Santos,1996) describe este fenómeno como la coexistencia dialéctica de “una razón global y una razón local”, donde las lógicas externas de mercado se articulan con locales y prácticas tradicionales. La presión sobre el suelo rural llevó a la fragmentación del territorio y a la necesidad de adaptaciones arquitectónicas frente a condiciones ambientales y sociales complejas.

En este contexto, la técnica, como propone (Santos,1996), actúa como mediadora fundamental entre las transformaciones urbanas y la persistencia de las dinámicas ambientales heredadas. La expansión urbana que alcanzó a Funza trasladó al territorio instrumentos técnicos propios de la modernidad, como vías, redes de drenaje, parcelaciones estandarizadas que no siempre respondieron a la historia hídrica del lugar. Como advierte (Harvey,2004), la urbanización bajo lógicas capitalistas tiende a invisibilizar las condiciones ecológicas que no encajan en la demanda inmobiliaria, produciendo conflictos socioambientales. Así, en barrios como Hato 2, los

dispositivos técnicos modernos se enfrentaron a la memoria fisiográfica de humedales, suelos saturados y canales preexistentes, generando adaptaciones constantes en la ocupación del territorio.

La coexistencia de estos elementos confirma la idea de Santos sobre la tensión entre la “razón global” y la “razón local”, donde los estándares técnicos importados deben negociar con prácticas comunitarias arraigadas y con materialidades hídricas que nunca desaparecen del todo. El agua se convierte en un actor, que reconfigura el espacio urbano tanto como las políticas de desarrollo que buscan dominarla. En Hato 2, la persistencia de antiguos humedales y fluctuaciones del nivel freático obligó a que los habitantes desarrollaran soluciones constructivas situadas elevación de pisos, drenajes artesanales, cierres perimetrales que reinterpretan el territorio desde la experiencia cotidiana. Es posible que en un pasado las zonas de elevación o construcción de pisos de drenaje sean los espacios donde ahora se ubican las casas.

Es importante mencionar, que no podemos marginar el papel fundamental de la acción y resistencia de sus habitantes y la existencia diversa de construcción, ante las condiciones globales. La cual estuvo sostenida ante una materialidad singular mediada por factores ecológicos y agrarios, además de la existencia de una segregación espacial, mediada por el bajo costo del suelo. Sin duda, esto aplico a una singularidad local identitaria, donde las relaciones sociales, impulsa a observar el barrio desde una perspectiva política que permite ampliar el análisis más allá de lo técnico, sino de la cuestión de marginabilidad y de cuestión estratifica de las personas que empezaban a habitarlo. Como argumenta (Torres, 2001), existió acciones colectivas, donde las personas se organizaron desde lo “popular” y permitieron transformar el espacio urbano y darle sentido de identidad.

Especialmente en los años 70, con el avance de olvido institucional y militarización de la vida, como sustenta, el profesor (Torres, 2001) se comprende que a través de acciones colectivas las personas empezaron a disputarse el acceso a servicios, al suelo y al reconocimiento institucional. En el barrio Hato 2, las iniciativas vecinales para gestionar el drenaje, mejorar la habitabilidad y negociar la provisión de servicios públicos expresaron esta dimensión política del habitar, que retomaremos más adelante. Mis vecinos, (2025) me relatan la realización de un bazar en 1989 para traer luz eléctrica y agua potable al barrio, esta década marca luchas colectivas significantes, además de la construcción del acueducto municipal en 1992 por parte de EMPOCUNDI, (EMAAF, s.f.) y la perforación del primer pozo profundo, pese a que Funza ya que en la década de los 80 contaba con, aproximadamente, 10.000 habitantes, (EMAAF, s.f.).

Figura 34. Acueducto municipal construido en 1992.



Figura 34. *Acueducto municipal construido en 1992.* En este lugar se ubicó la primera planta de tratamiento de aguas de Funza construida en 1931. Fuente: Melo

Velásquez, T. (2009)

De esta manera, la arquitectura doméstica y las infraestructuras informales pueden entenderse como resultados de procesos de acción colectiva y de búsqueda de autonomía territorial. Así este proceso arquitectónico, se alinea con la perspectiva de entender el paisaje como una trama de recorridos y sedimentaciones históricas que continúan influyendo en la construcción del presente. En Hato 2, la urbanización no borró completamente las marcas hídricas: las antiguas líneas de esorrentía se convirtieron en ejes viales, las zonas de inundación en áreas de menor densidad y los aljibes en soportes informales de manejo del agua. De este modo, la producción del espacio resulta del encuentro entre políticas de modernización, ecosistemas resistentes y prácticas cotidianas, revelando la complejidad con la que Funza ha articulado su transición desde un territorio rural hídrico hacia un entorno urbano en expansión.

3.5.1. La vivienda y su politización en la organización urbana, desde los años 70

La presencia de cuerpos de agua, zanjas y humedales en Hato 2 condicionó tanto la ubicación de las primeras viviendas como el diseño de los caminos y la parcelación de los lotes. Cada casa que observamos a continuación, cumple extensiones, en metros cuadrados distintas, además de su cualidad en diversidad tanto de formas, símbolos y modelo de construcción. Pero comparte elementos como los aljibes, los patios ampliados y la presencia de espacios entre lo doméstico y lo productivo. En este sentido, la mayoría de las viviendas responde a lo que (Fals Borda,1975) describe como un “complejo cultural y una institución social” propio de la vivienda rural, donde la casa funciona simultáneamente como refugio, unidad productiva y lugar de sociabilidad profundamente ligado al medio rural. Esta continuidad rural no desaparece con el proyecto urbano, sino que se transforma de manera progresiva y conflictiva, revelando la politización del habitar popular y las estrategias comunitarias para mantener formas de vida arraigadas en un territorio históricamente modelado por unas dinámicas agrarias.

Como señala (Borda, 1975), la vivienda campesina constituye una institución social en la que se condensan relaciones de trabajo, parentesco y territorialidad que sobreviven incluso en escenarios de transición urbana. En Hato 2, la persistencia de patios amplios, potreros residuales y espacios destinados al almacenamiento de agua evidencia esta continuidad rural en el corazón de la expansión metropolitana. Estas configuraciones no solo expresan una adaptación técnica al medio hídrico, sino una voluntad de mantener formas de vida colectivas que resisten la homogeneización urbana. Lo que dicta como los habitantes defendían prácticas que incorporaban el agua como parte de la vida cotidiana y no como un obstáculo para la urbanización. En consecuencia, la vivienda se consolidó como un espacio donde convergen memorias rurales, identidad política y procesos técnicos que reconfiguran continuamente el paisaje urbano de Hato

Doña Lionsia recuerda que el barrio comenzó solo con 4 casas, pequeñas, aun unas eran de adobe y otras empezaban a construirse con ladrillo grande, ya para los años 80 habían más de 10 casas, incluyendo la de mi padre, que realizo el segundo piso con otros amigos dedicados a la construcción de vivienda, la mayoría se construyeron con sus propias manos. (Relato en entrevista, 2025)



Mis vecinos no pudieron compartirme fotos antiguas de mi barrio, sin embargo, estas casas no siempre fueron de 3 pisos, en el barrio, solo hasta entrando el siglo XXI, las personas empezaron a construir su segundo piso.



La extensión rural que pertenece a Don Beto, su camioneta en la que llevaba leche en 1990 a los barrios cercanos.





Aun la mayoría de viviendas están hechas en ladrillo grande, otras utilizan madera o cercas.



Las casas comúnmente no pasan de los dos pisos: además, los colores vivos son muy recientes, siempre las casas estaban color ladrillo, como se nota al lado derecho.



Casa donde mi padre recuerda que en 1978 era de bareque y barro.

	<p>La singular casa entejada de la esquina.</p>
	<p>La cuadra termina y comienza la vista singular de cultivos, comúnmente son de papa y cebolla.</p>

3.6. Procesos barriales en el acceso hídrico a finales del siglo XXI

“Las ciudades no solamente están constituidas por procesos sociales e históricos, sino que también los constituyen” (Harvey, 1997: 23).

A pesar de la creciente demanda urbana y de la diferenciación social que impulsaba la proletarianización de los barrios, la llegada de personas en búsqueda de empleo y de un hogar a bajo costo generó una presión significativa sobre la infraestructura del municipio. El barrio Hato respondió a esta situación de manera singular, pues los habitantes no podían marginar la escasez de servicios públicos básicos, especialmente el agua y la electricidad. Como se observa en (*Bacatá,*

2015) la transformación de la vida rural inició con la instalación de la luz eléctrica en el casco urbano —aunque no en los alrededores habitados por la mayoría campesina— y se profundizó en 1931 con la llegada del acueducto y la construcción de 26 lavaderos comunales. Durante estas décadas, las zanjas y los camellones continuaron siendo utilizados por las grandes haciendas, marcando la forma de la vivienda y la disposición de los lotes y carreteras, lo que evidencia la persistencia de un ordenamiento territorial fuertemente condicionado por estructuras rurales previas.

Sin embargo, este sistema quedó rápidamente desbordado por el crecimiento industrial, poblacional y agrícola; para 1980 ya no lograba abastecer a la creciente población funzana ni a las actividades productivas. La expansión de la floricultura comenzó a desvanecer tanto las prácticas hidráulicas tradicionales como las concepciones simbólicas asociadas al agua, transformando de manera decisiva el uso y la estructura del territorio. Tal como muestra (Bacatá, 2015) entre 1962 y 1985 Funza aumentó cuatro veces el núcleo original de su área urbana, un incremento del 437,4%. Este aumento poblacional, de la mano del crecimiento urbano y el proceso de metropolización, hizo que el municipio se expandiera hasta encontrarse con la población de Mosquera, reforzando una relación socioeconómica marcada por las nuevas dinámicas laborales y residenciales derivadas del desarrollo metropolitano.

Antes de 1960 las principales actividades económicas relacionadas con la agricultura giraban en torno a productos como el maíz, la papa, la cebada y el trigo, destinados especialmente al consumo interno y al comercio con municipios cercanos (Bacatá, 2015). A partir de los años 70, las principales áreas dedicadas a la agricultura y la ganadería fueron reemplazadas por el cultivo comercial de flores —crisantemos, rosas y claveles— producidas en invernaderos con tecnologías agroindustriales. Cabe destacar que el gran desarrollo de flores en esta zona de la Sabana fue

estimulado por la cercanía con el aeropuerto internacional El Dorado de Bogotá. Esta reconfiguración económica, como señala (Bacatá, 2015), supuso una disminución de tierras cultivables, la venta acelerada de terrenos baldíos y el agravamiento del problema histórico de abastecimiento de agua para la población, además de altos niveles de contaminación y deforestación que afectaron la calidad de vida de los habitantes.

Este escenario local se inscribe en una historia nacional más amplia sobre la gobernanza del agua. Ese encuentro no ocurre como una imposición unidireccional de unas ideas hegemónicas sobre cómo gobernar el agua. Por el contrario, estas ideas son resignificadas y moldeadas en su encuentro con realidades locales concretas. Asimismo, desde la década de 1950, la distribución del agua en Colombia ha estado atravesada por alianzas gubernamentales con instituciones como el BID, el Banco Mundial y USAID, que aportaron capital y expertos, pero también reformas, normas y modelos tecnocráticos sobre el manejo del recurso. El agua fue, desde entonces, un eje central del proyecto de desarrollo, y con ello se consolidó una forma de gobernanza que muchas veces desconoció las realidades comunitarias y territoriales.

En este contexto, los procesos populares cobraron una relevancia central. Siguiendo a (Torres,2001) las organizaciones populares no solo surgen como respuesta a la precariedad, sino como espacios donde los sectores subalternos producen identidad, construyen prácticas colectivas y generan acción política en defensa de derechos básicos como el agua. En Hato 2, la crisis hídrica, la dependencia de los aljibes, la llegada intermitente de carro tanques y la falta de soluciones institucionales activaron redes vecinales, comités barriales y movilizaciones que exigieron la garantía efectiva del servicio público. Estas prácticas encarnan lo que Torres Carrillo, (2011) denomina la politización de lo cotidiano, donde la lucha por el agua se convierte en un ejercicio de ciudadanía desde abajo y en una construcción comunitaria de lo público.

En suma, el acceso al agua potable en Hato 2 no puede entenderse únicamente como un problema técnico o administrativo, sino como un proceso histórico marcado por desigualdades estructurales, transformaciones productivas y disputas territoriales. Frente a ello, las comunidades se organizaron no solo para resistir la precariedad, sino para reconfigurar su relación con el Estado y disputar la forma en que se produce y distribuye un bien común fundamental. Así, el agua se revela como un eje político, social y cultural en la configuración urbana del municipio y en la construcción de lo popular como práctica viva y en permanente transformación.

3.6.1 Un nuevo siglo se inauguraba: la realidad hídrica desalentadora en el barrio Hato II y la Sabana de Bogotá.

La realidad hídrica que hoy caracteriza a la Sabana de Bogotá y al barrio Hato II no puede comprenderse como un fenómeno reciente ni como un simple efecto del crecimiento urbano. Se trata del resultado histórico de un sistema discursivo, técnico y político que reconfiguró el espacio geográfico en función de su cercanía estratégica con Bogotá, subordinando el agua y los ecosistemas asociados a lógicas de valorización del suelo. A través de documentos de planificación territorial y premisas organizativas antidemocráticas y antipopulares, se instauraron nuevos ordenamientos que alteraron profundamente las relaciones históricas entre comunidad, territorio y agua. En este proceso, los humedales, chucuas y cuerpos hídricos dejaron de ser infraestructuras vivas para convertirse en soportes funcionales del desarrollo urbano e industrial.

Esta reconfiguración territorial implicó una ruptura con las formas tradicionales y raizales de uso del suelo, sustituidas por un modelo técnicamente desarrollado en el que el espacio se concibe como medio para la acumulación de capital. En menos de una década previa al inicio del siglo XXI, se promovieron implantaciones de infraestructura estratégica —ampliación de aeropuertos, redes de transporte, relocalización industrial y servicios logísticos— desarrolladas

mediante inversión transnacional (CEPEC, 2011). Estas infraestructuras, entendidas como capital fijo “independiente inmovilizado en el ambiente construido” (Harvey, 2007), consolidaron una ocupación intensiva del territorio que demandó grandes volúmenes de agua, al tiempo que fragmentó y degradó los sistemas hídricos preexistentes. Así, la Sabana fue integrada a circuitos económicos regionales y globales a costa de su equilibrio ecológico.

Desde esta perspectiva, la crisis hídrica actual no es un efecto colateral, sino una condición estructural del modelo de desarrollo impuesto. Como señala (Harvey, 2007), la expansión del capital requiere absorber excedentes de trabajo, mercancías y capital mediante inversiones de largo plazo y desplazamientos espaciales, lo que reconfigura territorios completos para sostener estos flujos (Beltrán, 2019). En la Sabana de Bogotá, este proceso se tradujo en la canalización, privatización y sobreexplotación del agua, así como en la ocupación de zonas ambientalmente estratégicas bajo criterios de rentabilidad. El agua dejó de organizar el territorio para ser organizada por él.

Sin embargo, estas transformaciones estructurales no se inscriben únicamente en planes, infraestructuras o mapas, sino también en la vida cotidiana de las comunidades. Las formas de unión, intercambio y encuentro vividas por mis padres y vecinos han alimentado la construcción de la realidad local del barrio Hato II. Esta experiencia comunitaria se ha configurado en estrecha relación con la cercanía al espacio rural, al agua y a la vida campesina que marcó su historia. La fiesta, el alimento y el encuentro ocuparon un lugar central como ejes de las relaciones humanas y de la organización cotidiana, permitiendo comprender cómo el espacio barrial se produce desde un pasado que continúa activo en el presente.

En este sentido, como plantea Carlo (2012), los seres humanos establecen relaciones complejas con su accionar en un espacio y una temporalidad determinadas, produciendo memorias

inscritas en lugares específicos a través de prácticas socioespaciales. Estas prácticas configuran identidades y realidades concretas que se sostienen en la experiencia cotidiana, consolidando una relación dialéctica entre la producción y la reproducción de la vida humana. El barrio, así, no es solo un resultado del ordenamiento urbano, sino un espacio vivido donde persisten sentidos, afectos y memorias vinculadas al agua.

Por ello, este análisis visto retorna a las estructuras de desigualdad que han operado desde períodos históricos anteriores hasta el presente, con el fin de comprender las configuraciones de las relaciones sociales y de producción material del barrio en torno al agua y al ambiente natural. Estas estructuras permiten analizar la presencia social del agua en la vida de los sabaneros y raizales. El ser raizal no se entiende únicamente como continuidad indígena o descendencia del pueblo muisca, sino como una forma de vida que mantiene vínculos resistentes con el espacio a lo largo del tiempo. De este modo, el agua se posiciona como un elemento central en la reproducción material, simbólica y social de estas comunidades.

En Funza podríamos a partir de ello, condicionar que aún existen raíces precapitalistas y formas de vida relativamente aisladas de los centros urbanos, con sistemas propios de conocimiento, sentimiento y reproducción social, sin embargo, es muy temprano realizar este tipo de afirmaciones, puesto que necesitaremos un nuevo objeto de análisis que nos lleve ahí. Estos modelos locales se han desarrollado en tensión con los procesos de urbanización moderna, evidenciando que una historia de la urbanización del agua debe revelar la estrecha relación entre acceso hídrico, transformaciones sociales y formación de la ciudad. El estudio del agua, por tanto, no se limita a los hechos históricos, sino que aborda fuerzas móviles y contradictorias que producen segregaciones y desigualdades espaciales.

Las dinámicas del sistema económico preponderante reproducen desigualdades espaciales que fragmentan la existencia hídrica en el municipio y afectan de manera diferenciada a las comunidades que dependen históricamente del agua como medio de vida. Frente a ello, la memoria, la comunalidad y la discusión política profunda emergen como herramientas fundamentales para resistir el desarraigo. Caminar la vida anfibia de mi barrio y del pueblo funzano se convierte así en un ejercicio de reconstrucción histórica y afirmación de la vida política, dejando abierta una pregunta central finalizando ¿cómo se reconfigura esta historia del agua cuando el barrio emerge sobre antiguos territorios anfibios que hoy parecen haber sido borrados?

CAPITULO IV

UNA EXPERIENCIA DIALÓGICA CON LA MEMORIA HÍDRICA DE VECINOS Y HABITANTES DEL MUNICIPIO DE FUNZA.

Mientras escribía mi tesis de grado, fui entrelazando entrevistas, dibujos y conversaciones con mis vecinos, muchos de los cuales guardaban una palabra bonita y sabia sobre el agua. Al mismo tiempo, me iba acercando a libros, investigaciones y escritos que me ofrecían otras formas de nombrar lo que ya intuía desde el territorio. En ese cruce entendí que mis acercamientos teóricos no podían ser una capa externa, sino un circuito de saberes que dialogara con la vida cotidiana. No lo hice por cumplir una exigencia académica, sino por mi propia forma de caminar el mundo y por la formación como educadora popular e institucional que ha marcado mi trayectoria.

De ahí nació la idea de construir una ruta por las memorias anfibias de la Sabana de Bogotá, no como un método cerrado, sino como un ejercicio de escucha y desplazamiento. Algunas rutas se abrieron desde la memoria de los peces, especialmente la guapucha, cuya ausencia actual

contrasta con su permanencia simbólica en el nombre con el que aún se reconoce a quienes vivimos en Funza: los guapucheros. Otras rutas se tejieron a partir de los relatos de amigos y vecinos, donde el agua aparece ligada a la fiesta, al alimento y a las formas de encuentro barrial. En estos recorridos, la memoria no se presenta como pasado lejano, sino como una presencia activa que sigue dando sentido al territorio.

Hubo también rutas que exigieron volver al monte y a los ríos. El bosque de altiplano apareció como un espacio donde el agua se cuida y se nombra a través de figuras como los mohanes, guardianes que siguen habitando el imaginario sabanero. Caminar el nacimiento del río Subachoque y luego seguir el curso del río Bogotá permitió comprender cómo el agua articula historias locales y regionales, marcadas por transformaciones profundas. Finalmente, las caminatas por las veredas cercanas abrieron diálogos sobre soberanía hídrica, saberes campesinos y prácticas cotidianas relacionadas con la comida, la recolección de agua y las estrategias frente a la sequía.

Así comprendí que el agua en la sabana no es un objeto de estudio sencillo ni distante, y que era imposible acercarme a ella sin caminarla y sin proponer ejercicios pedagógicos que pudiera llevar también a las aulas. Este proceso me dejó profundamente vinculada al agua, incluso desde la tristeza que provoca reconocer la crisis ambiental y humana que atravesamos. Sin embargo, lejos de la parálisis, esta investigación reforzó mi compromiso con una praxis política y pedagógica situada. El agua, más que un tema, se convirtió en una responsabilidad que atraviesa mi forma de investigar, enseñar y habitarme como mujer y docente.

Sin embargo, lo que leeremos a continuación no es un proceso, en el cual busco tomar la batuta, ni la palabra de los demás docentes, respeto sus posiciones políticas frente a mantener estas experiencias escritas desde la colectividad. Respecto a que en ella se alberga la intención de una

agenda de campo colectiva y un proceso político, en donde muchos de nosotros disipamos del control de la academia y resignificamos la producción del conocimiento también fuera de ella. De esta manera, en estos apartados encontraran solo mi posición y reflexiones practicas que tuve como docente dinamizando esta experiencia, pero no la redacción del gran entramado procesual de esta practica colectiva.

4.1. Los peces: Una guapucha se nos entró en los ojos.

Entre charlas y tintos con mis vecinos, especialmente con don Belarmino y con mi padre, me interesó comprender sus formas de pesca en un tiempo en que las chucuas y zanjas cercanas a las viviendas aún estaban vivas, pobladas por peces capitanes y guapuchas. Recordaban que primero había que preparar la carnada, aunque, cuando el nivel del agua era bajo, los peces podían atraparse con facilidad, incluso con pequeñas redes. El pez capitán, descrito como el gran bagre de la sabana, no era sencillo de preparar debido a su alto contenido graso, por lo que debía pasarse por ceniza antes de cocinarlo; en cambio, la guapucha, pequeña como una sardina, se vendía en bolsitas en la plaza principal acompañada de maíz tostado. Estas memorias revelan una relación cotidiana y cercana con el agua y sus habitantes, hoy casi ausentes del paisaje.

A partir de estas vivencias, surgió la idea de nombrar el primer escenario de la ruta de la memoria en torno a la gran chucua de San Patricio y orientar el ejercicio pedagógico alrededor de los peces. El propósito fue abrir un espacio de reconocimiento de la ictofauna de Funza, retomando la invitación de un abuelo que había pescado en el municipio junto a su padre. El encuentro adquirió un profundo valor simbólico cuando el agua del humedal ocupó el centro del altar de pensamiento, acompañada de tabaco y piedras sagradas, para pedir permiso antes de comenzar a hablar de ella. Recordemos que el altar y el centro del espiral son tradiciones de nuestros abuelos,

así, el agua dejó de ser solo un tema de conversación y se convirtió en el eje vivo del aprendizaje y la memoria compartida.

Figura 35. Flayer inicio ruta de la memoria.



Figura 35. *Flayer inicio ruta de la memoria.* Fuente: Colectivo Alcaraván, (2025)

Figura 36. El agua en el Centro.



Figura 36. *El agua en el Centro*. En esta totuma se encuentra agua del humedal Gualí, alrededor hojas de Coca, para pedirle permiso a los cuidadores de la tierra, la facultad de hablar de la fuerza moldeadora. Fuente: propia, (2025).

Figura 37. Las memorias guapucheras.



Figura 37. *Las memorias guapucheras*. Cada participante dibujo la memoria de los peces, la palabra que compartimos estuvo dirigido a reconocer que hay más una historia de chucuas y zanjas, sino de grandes escenarios geomorfológicos que permitió que ellos navegaran. Fuente:

Propia, (2025)

Este escenario resultó profundamente significativo, no solo por la integración legítima del altar y de la sabiduría ancestral, sino porque permitió comprender la extensa historia ecológica y geomorfológica que sostiene la existencia de estos peces en la sabana. A través de este ejercicio, se hizo visible que su presencia no respondía únicamente a un hecho biológico, sino a una relación histórica entre el agua, el territorio y las formas de vida que lo habitaron. Pensar en ellos implicó

reconocer cómo los movimientos del agua, los suelos y las chucuas hicieron posible un ecosistema hoy casi borrado del paisaje.

Al mismo tiempo, surgió un deseo colectivo: imaginar el regreso de los peces a los cuerpos de agua de la sabana y con ello la posibilidad de reactivar prácticas cotidianas profundamente humanas y socioespaciales, como preparar y compartir un alimento junto al río, similar a la experiencia de comer un caldo de pescado en un viaje por el Magdalena o el Amazonas. En este sentido, los peces no fueron solo especies presentes del altiplano, sino los primeros cuidadores de los espacios lagunares, mediadores entre el agua y la vida, cuya desaparición señala también la ruptura de una forma de reconocer la vida hídrica del altiplano.

4.2. Prender el Fuego: reconocer la existencia del agua en nuestras vivencias cotidianas.

El segundo escenario se dispuso como un ejercicio de memoria colectiva, partiendo de la idea de que el fuego es también un cuidador de la memoria. Alrededor de un fogón de leña, mientras preparábamos un sancocho, se abrió un espacio de diálogo para comprender que un río es mucho más que una corriente por la que circulan agua y minerales. Sus geoformas, ritmos y espacialidad configuran la existencia de un sistema complejo en el que cohabitan plantas, animales, dinámicas geológicas y, de manera inseparable, la producción del alimento y la vida humana. Cocinar juntos permitió reconocer cómo el agua sostiene prácticas cotidianas que, aunque hoy parecen simples, condensan relaciones profundas con el territorio.

En este escenario, cada participante realizó un relato personal sobre el agua en Funza, a partir de cuentos, memorias o historias transmitidas por sus abuelos. Estos relatos revelaron experiencias compartidas: varios recordaron haber navegado alguna vez en los cuerpos de agua del municipio, mientras otros expresaron vivencias ligadas al trabajo, al juego o al cuidado del

entorno. De manera recurrente, emergió la gratitud hacia el agua como una presencia viva que ha acompañado la historia familiar y comunitaria. Así, el fuego, el alimento y la palabra se entrelazaron para reafirmar que la memoria hídrica no habita únicamente en los archivos o en los mapas, sino en las prácticas cotidianas, en los gestos de agradecimiento y en los relatos que mantienen viva la relación entre el agua y la vida barrial.

Figura 38. Flayer encuentro casa de pensamiento

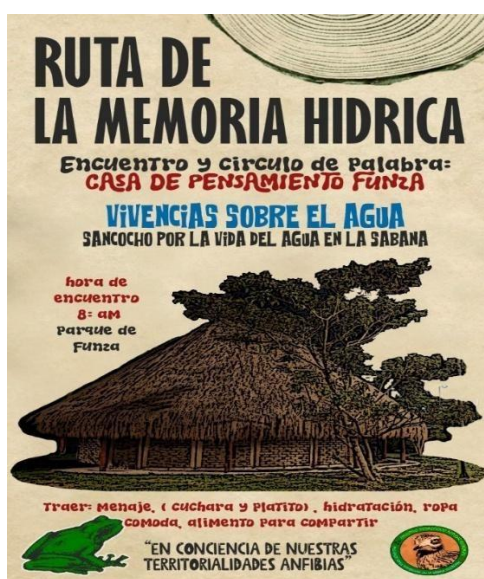


Figura 38. Flayer encuentro casa de pensamiento. Fuente: Colectivo Alcaraván. (2025)

Figura 39.El fuego y agua.



Figura 39. *El fuego y agua.* Este espacio lo realizamos en la casa de pensamiento muisca en Funza, valiendo de la existencia de este espacio sagrado, decidimos recordar y hablar de aquellas vivencias alrededor del agua en nuestro Municipio, honrando su existencia. Fuente propia,

(2025)

Figura 40.Una carta al agua.



Figura 40. *Una carta al agua.* Cada uno realizo un escrito dedicado a sus vivencias, cercanías con sus familiares, amigos y barrio con el agua. Fuente: propia, (2025)

De este modo, prender el fuego se consolidó como un espacio de reconocimiento de la memoria hídrica desde la experiencia cotidiana y comunitaria. El acto de cocinar, relatar y agradecer permitió comprender que el agua no es únicamente un recurso ni un elemento físico del territorio, sino una presencia que articula historia, afectos y formas de habitar la Sabana. En un contexto donde los paisajes anfibios parecen haber sido borrados, estas prácticas recuperan la posibilidad de volver a nombrar al agua desde la vida vivida y compartida. Así, el fuego se convirtió en mediador pedagógico y político para reactivar memorias que sostienen otras maneras de pensar y sentir el territorio.

4.3. Mohanes de la sabana: caminos sagrados del altiplano

Nuestra ruta comenzó como un escenario dialógico, sagrado y de reconocimiento, pero su intención fue trascender ese primer momento para politizar el recuerdo y nombrar las estructuras históricas y económicas en las que se han producido las transformaciones del territorio. Caminar la montaña se planteó como una acción consciente, orientada a que las y los participantes reconocieran las transformaciones implícitas en la construcción de la Sabana de Bogotá desde una mirada europeizada, cuyos rastros persisten, entre otros aspectos, en la introducción de especies no nativas en los ecosistemas de montaña. Este ejercicio permitió comprender que dichas transformaciones no son neutras, sino parte de un proceso histórico de reconfiguración del paisaje y de las relaciones con el agua.

En este contexto, el recorrido hacia las cuevas ancestrales del municipio de Tenjo abrió un espacio para reconocer la dimensión espiritual del territorio y la presencia de saberes raizales que han sostenido otras formas de entender la relación entre agua, montaña y vida. Más allá de la mirada colonial, estos saberes continúan otorgando una carga vital y dinamizadora a los elementos

naturales, reconociendo a la montaña y al agua como entidades vivas y protectoras. Así, la ruta permitió articular memoria, espiritualidad y análisis crítico, reafirmando que la configuración socioespacial de la Sabana no puede comprenderse sin atender a las múltiples capas de sentido social que habitan el territorio.

Figura 41. Flayer encuentro sobre los mohanes.

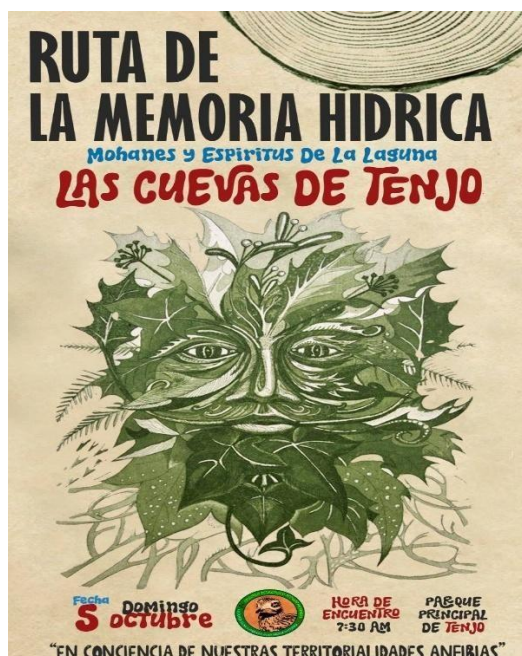


Figura 41. *Flayer encuentro sobre los mohanes.* Fuente: colectivo Alcaraván. (2025)

Figura 42. Las cuidadoras de la sabana.



Figura 42. *Las cuidadoras de la sabana.* Este ejercicio, buscaba que cada uno y una de los participantes significara la existencia de los mohanes con un símbolo donde ellos se podrían representar en el altiplano. Fuente: propia, (2025)

Los mohanes hacen parte de los sistemas de creencias y saberes ancestrales de la Sabana de Bogotá y de otros territorios andinos, donde son reconocidos como cuidadores del agua, de los ríos, las lagunas, los humedales y las montañas. Más que figuras míticas aisladas, los mohanes representan una forma de comprender la relación entre los seres humanos y los elementos naturales, en la que el agua es entendida como un ser vivo con memoria y agencia. Su presencia en los relatos orales expresa normas de cuidado, respeto frente a los ecosistemas acuáticos. En este sentido, los mohanes constituyen una pedagogía territorial que articula espiritualidad, ética ambiental y organización de la vida comunitaria.

A modo de cierre de este espacio, esta ruta de las memorias anfibias permitió reconocer que la configuración socioespacial de la Sabana de Bogotá no puede explicarse únicamente desde

los procesos técnicos y urbanísticos contemporáneos, sino desde la persistencia de memorias, prácticas y saberes que continúan habitando el territorio. Caminar, escuchar y dialogar con el agua, la montaña y las personas abrió un espacio para comprender cómo el pasado anfibio sigue presente, aunque muchas de sus huellas materiales hayan sido transformadas o invisibilizadas. Este ejercicio reafirma que la memoria no es solo recuerdo, sino una herramienta política y pedagógica para leer críticamente el presente. Así, el capítulo cierra reconociendo que pensar el barrio, la Sabana y el agua es también pensar las posibilidades de recomponer la vida colectiva en el siglo XXI.

4.4. Donde nace un río: El río Subachoque.

La cuarta ruta se mantuvo inmersa en el tejido de la palabra, el caminar colectivo y el intercambio de los saberes y hallazgos que iba construyendo a lo largo de la escritura de esta tesis.

Como caminante de la Sabana, he recorrido diversos caminos del altiplano, entre ellos aquellos que conducen al nacimiento del río Subachoque. Asumir el rol de guía en esta ruta permitió abrir un diálogo situado sobre la forma en que este río surge de un entramado de nacimientos, quebradas y humedales de altura, donde el agua emerge lentamente del suelo y del bosque altoandino. Desde sus primeros tramos, el río Subachoque configura un sistema hídrico que ha sostenido históricamente la vida campesina, los cultivos, la fauna y los asentamientos humanos de la Sabana occidental. Reconocer su nacimiento implica comprender que un río no comienza cuando se vuelve caudaloso o canalizado, sino cuando el territorio permite que el agua se junte y se vuelva conflicto en un sistema económico actual y se mueva y empiece a tejer relaciones entre la montaña, las transformaciones del uso agrario y el recorrido por la sabana, del municipio de Madrid hasta el río Bogotá.

Figura 43. Flayer río Subachoque.

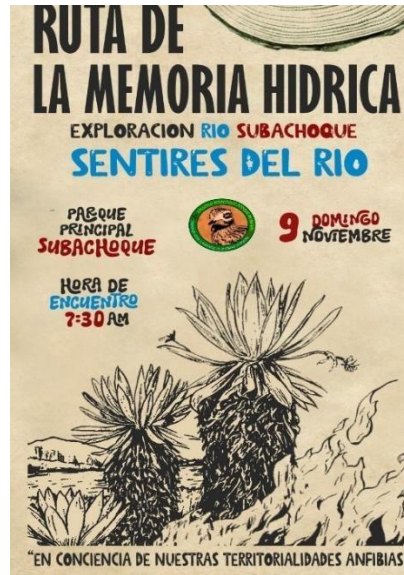


Figura 43. Flayer río Subachoque. Fuente: colectivo Alcaraván, (2025)
Figura 44. Agua bendita.



Figura 44. Agua bendita. Caminar y tocar la existencia de un río en su nacimiento. Fuente:
propia, (2025).

La gran toma de San Patricio, señalada en el primer capítulo, se encuentra históricamente alimentada por el río Subachoque, un afluente que atraviesa el municipio de Madrid y se encuentra con el río Botello en la laguna de La Herrera, para luego continuar juntos su curso hacia el río Bogotá. En su nacimiento, el Subachoque aún conserva aguas limpias, en las que es posible nadar. Sin embargo, a medida que el río se interna en las dinámicas urbanas de Madrid, su cauce se ve profundamente afectado, transformándose en un río degradado y con escasa vida. Este contraste permitió dialogar sobre los usos del suelo agrario en la Sabana y sobre la cuestión agraria como parte constitutiva de la historia del río, hoy tensionada por procesos de urbanización que tampoco pueden comprenderse de manera aislada.

Figura 45. Una denuncia ambiental.



Figura 45. *Una denuncia ambiental.* Entre todos los participantes realizamos un ejercicio de escritura y dibujo que recogiera una denuncia sobre lo dialogado referente a las dinámicas agrarias y urbanas del río Subachoque. Fuente: propia, (2025).

4.5. El río Bogotá y las memorias anfibias.

La quinta ruta se orientó a la experiencia de navegar el río Bogotá, a través del programa piloto de navegabilidad que actualmente adelanta la CAR. El recorrido inició en el puente de Guadua y tuvo una duración aproximada de diez minutos. En esta actividad participaron alrededor de dieciséis personas, provenientes de mi barrio, de Funza y de otros sectores de la Sabana de Bogotá. La experiencia estuvo marcada por la tristeza y la conmoción al enfrentar de manera directa las dinámicas de degradación del río: un cuerpo de agua profundamente herido por las lógicas urbanas e industriales que lo han atravesado históricamente.

Durante el trayecto, problematizamos colectivamente la idea del río urbano y realizamos un ejercicio de cartografía sensible del recorrido. Este ejercicio permitió identificar tres núcleos de debate vinculados a la memoria anfibia: la existencia histórica de los camellones como infraestructura hidráulica ancestral; el paso del río Funza por la Sabana y su relevancia ecosistémica; y la urbanidad como una forma particular de segregación en Bogotá, que ha relegado barrios enteros a los márgenes del río Bogotá. Así, esta ruta estuvo atravesada por afectos intensos, principalmente por la tristeza, pero también por la necesidad compartida de nombrar el daño y de recuperar el río como parte fundamental de la vida territorial.

Figura 46. Navegando el río Bogotá.



Figura 46. *Navegando el río Bogotá.* Un recorrido cargado de fuertes discusiones internas y humanas sobre las condiciones del río Bogotá. Fuente: propia, (2025).

Al finalizar el recorrido, realizamos un ejercicio de cartografía colectiva en el que cada participante tuvo la oportunidad de expresar lo que sintió al ver y navegar el río Bogotá. A través del dibujo, la palabra y el señalamiento del trayecto, emergieron emociones de tristeza, rabia, impotencia y, en algunos casos, profunda nostalgia por un río que alguna vez fue fuente de vida.

La cartografía se convirtió así en una herramienta para hacer visible la experiencia corporal y afectiva del territorio, permitiendo que el río no fuera solo un objeto de observación, sino un sujeto que interpela y duele. Este ejercicio evidenció que la memoria anfibia no solo habita en los relatos históricos, sino también en las emociones que se activan cuando el cuerpo se encuentra frente a un paisaje hídrico degradado.

Figura 47. Un río que duele.



Figura 47. *Un río que duele*. Fuente: propia, (2025).

4.6. La palabra veredal y el reconocimiento de los trazos hídricos sabaneros.

En este apartado recojo la importancia de los diálogos sostenidos con vecinos de mi barrio y de veredas cercanas, que alimentaron la discusión de mi segundo tercer capítulo de tesis, donde la palabra se convirtió en una herramienta para reconocer la presencia histórica del agua y, al mismo tiempo, los conflictos derivados de las transformaciones recientes de la Sabana de Bogotá.

A través de relatos cotidianos, emergieron memorias ligadas a las zanjas, los camellones y los pequeños canales que atravesaban los terrenos, los cuales cumplían funciones de drenaje, riego y delimitación del suelo. Sin embargo, estas infraestructuras veredales también aparecieron en los relatos como espacios progresivamente intervenidos, canalizados o desaparecidos con la expansión de la floricultura, la ganadería tecnificada y las nuevas urbanizaciones.

En las conversaciones, muchos vecinos señalaron que la llegada de los cultivos de flores y otros proyectos agroindustriales modificó de manera profunda los recorridos del agua. Las zanjas fueron tapadas o rectificadas, los camellones se nivelaron y los humedales se drenaron para ampliar áreas productivas, generando cambios en la humedad del suelo y en la disponibilidad de agua para las familias campesinas. Estas transformaciones no solo alteraron el paisaje, sino que produjeron tensiones entre usos tradicionales del agua y nuevas lógicas económicas que priorizan la productividad y la exportación. La palabra veredal permitió evidenciar cómo estos procesos fragmentaron una relación histórica y comunitaria con el agua, reemplazándola por una gestión cada vez más técnica y privada.

Figura 48. Flayer ruta por una vereda en la sabana.



Figura 48. Flayer ruta por una vereda en la sabana. Fuente: colectivo Alcaraván. (2025)

Figura 49. Una cartografía de conflictos hídricos presenciados en mi barrio y una vereda de Madrid, por donde transcurre el río Subachoque.



Figura 49. Una cartografía de conflictos hídricos presenciados en mi barrio y una vereda de Madrid, por donde transcurre el río Subachoque. Fuente: propia, (2025).

En otras veredas, los relatos profundizaron esta lectura conflictiva al vincular la memoria hídrica con la pérdida de prácticas agrícolas locales y con la precarización del acceso al agua. Las personas recordaron épocas en las que el agua circulaba libremente por los predios y permitía sostener cultivos diversos, frente a un presente marcado por la escasez, la contaminación y la dependencia de pozos profundos. En este sentido, las memorias no solo añoran el pasado, sino que funcionan como una crítica situada a la forma en que la Sabana ha sido reconfigurada bajo modelos de desarrollo que subordinan los sistemas hídricos a las exigencias del mercado.

La cartografía colectiva realizada durante estos encuentros permitió hacer visibles estas transformaciones y conflictos sobre el territorio. A través del dibujo y la conversación, los participantes señalaron antiguos recorridos del agua hoy interrumpidos, zonas de floricultura que

modificaron los flujos naturales y espacios donde el agua persiste pese a los procesos de drenaje y urbanización. Este ejercicio articuló la memoria oral con el análisis espacial, mostrando que los trazos hídricos sabaneros no han desaparecido, sino que han sido desplazados, ocultados o forzados a adaptarse. Así, la palabra veredal y la cartografía se consolidan como prácticas fundamentales para comprender la configuración socioespacial del agua en la Sabana de Bogotá y los conflictos que atraviesan su transformación contemporánea.

Figura 50. Diálogos sobre conflictos ambientales y sociales de la sabana de Bogotá.



Figura 50. *Diálogos sobre conflictos ambientales y sociales de la sabana de Bogotá.* Esta discusión mientras reuníamos la cartografía, reconocía la existencia de objetos singulares presencias de floras, chucuas ancestrales y patrones urbanos. Fuente: propia, (2025)

CAPITULO V

CIERRE

La lectura y trabajo desarrollado alrededor de estos dos años de escritura y recolección de información alrededor del agua en la sabana de Bogotá y de mi barrio, me deja interrogantes, cuestionamientos y hallazgos inconcebibles en un inicio de este proceso. En lo principal el resguardo político de concebir la relación compleja del aquí, en el ahora como habitante de un municipio en constante transformación y de hablar de una integración de la realidad, de tal modo que todo el pasado pueda adquirir un mayor nivel de actualidad que el que tuvo en el momento en que sucedió. A ello, expongo la tarea más ardua, en donde busque observar cómo ese pasado estaba comprendido en la construcción social del paisaje actual de Funza y como a través de la comprensión y actualización dialéctica de esos contextos pasados ponen a prueba la verdad de toda acción del presente. Es claro, que, al reconocer fenómenos tan grandes en el pasado, encontraría los hallazgos necesarios para comprender mi barrio y no solo ello, entender que en ellos se escudan fuerzas y actores que han moldeado la existencia de una sabana de Bogotá tal y como la conocemos.

Quisiera expresar mi preocupación frente al avance acelerado de una realidad territorial que parece desconocer las fuerzas históricas que han moldeado la Sabana de Bogotá, entre ellas, de manera central, el agua. Considero que existe un deber académico y político de integrar nuevas miradas que permitan comprender la historia y la producción espacial de la Sabana desde sus propias lógicas, comprometiéndonos a entender las complejas relaciones agrarias, anfibias y comunitarias a partir de las cuales este territorio se configuró y continúa transformándose. Mi barrio constituye una expresión concreta de esa relación: un espacio producido por el agua como fuerza modeladora de callejones, trazos y formas de vida hacia finales del siglo XX. Sin embargo,

en un breve lapso, la aceleración urbana borró estas huellas, transformando el territorio en suelo disponible para la lógica inmobiliaria, lo que abre una pregunta central sobre el papel de la academia y de la geografía crítica en la creación de herramientas conceptuales e históricas que permitan disputar el ordenamiento territorial de la Sabana de Bogotá desde una comprensión más justa, situada y consciente de su devenir hídrico e histórico ecológico.

5.1 Conclusiones

1. El análisis histórico permite comprender que la configuración socioespacial del agua en Funza no responde a un proceso lineal ni exclusivamente técnico. Por el contrario, se trata de un entramado complejo donde convergen la cuestión agraria, la herencia hacendil, los cambios en el uso del suelo y las políticas de ordenamiento territorial actuales. En este sentido, la investigación confirma que los sistemas hídricos han sido reorganizados de acuerdo con distintos momentos históricos, donde el pasado, sigue siendo un presente latente en la misma producción urbana del municipio.

2. La investigación demuestra que la presencia hídrica ha sido un elemento estructurante en la configuración socioespacial del municipio de Funza y, de manera particular, del barrio El Hato II. Lejos de ser un recurso aislado o un simple soporte físico, el agua es una presencia que ha articulado formas de habitar, prácticas productivas, organización barrial y memorias colectivas que se remontan a una larga historia anfibia en la Sabana de Bogotá. Esta configuración persiste, aunque transformada, incluso en contextos de urbanización acelerada y planificación moderna.

3. El proceso de urbanización del barrio El Hato II no puede entenderse únicamente como crecimiento urbano, sino como una intervención política sobre un territorio históricamente anfibia.

Las transformaciones del paisaje hídrico implicaron la redefinición de usos del suelo, el desplazamiento simbólico de saberes locales y la reconfiguración de las prácticas cotidianas asociadas al agua. La tesis evidencia que la ciudad se construye sobre capas previas de vida y memoria que no desaparecen, sino que quedan subordinadas y fragmentadas.

4. Las memorias anfibia recuperadas a través de relatos, cartografías y prácticas pedagógicas constituyen una forma de resistencia epistémica frente a las narrativas oficiales del desarrollo. Estas memorias permiten nombrar procesos de transformación territorial que suelen ser naturalizados o invisibilizados en los discursos institucionales. Reconocerlas implica afirmar que las comunidades no solo habitan el espacio, sino que lo producen, lo interpretan y lo disputan políticamente.

5.2 Referencias bibliográficas

Alcaldía Municipal de Funza. (2000). *Plan Básico de Ordenamiento Territorial del Municipio de*

Funza: Decreto No. 000140 de 13 de septiembre de 2000. Funza, Cundinamarca,

Colombia. <https://repositoriocdim.esap.edu.co/server/api/core/bitstreams/df28760e-befa-4bd2-a4f0-537a575c3bea/content>

Área de Patrimonio Cultural del Centro Cultural Bacatá. (2025). *Fotografías históricas del municipio de Funza*. Archivo Histórico Municipal de Funza. Alcaldía de Funza, Cundinamarca, Colombia.

Abramo, P. (2011). *La producción de las ciudades latinoamericanas: mercado inmobiliario y estructura urbana*. Quito: Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos (OLACCHI) / FLACSO.

Aguilar Rendón, J. (pintor) & Ruiz Galdámez, A. (receptor). (1614). *Pintura de las tierras, pantanos y anegadizos del pueblo de Bogotá* [Mapa-pintura]. Archivo General de Indias, MP-PANAMA, 336.

Alcaldía Municipal de Funza. (2025). *Mapa general Funza* [PDF]. funzacundinamarca.micolombiadigital.gov.co/sites/funzacundinamarca/content/files/000069/3445_mapa-general-funza.pdf

Buenaventura, M., Steiner, J., & Bermúdez, D. (Eds.). (2023). *Mihique || Suna gue || Caminos de agua*. IDARTES.

Cortés Lombana, A. (1976). *Aptitud de uso de los suelos de la Sabana de Bogotá y sus alrededores*. Instituto Geográfico Agustín Codazzi.

Córdova Montúfar, M. (Coord.). (2008). *Lo urbano en su complejidad: una lectura desde América Latina*. FLACSO Ecuador; Ministerio de Cultura del Ecuador.

Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca – CAR. (2014). *Acuerdo 001 de 2014: Por medio del cual se declaran como Distrito Regional de Manejo Integrado los terrenos comprendidos por los humedales de Gualí, Tres Esquinas y Lagunas del Funzhé y su área de influencia directa* (Acuerdo No. 001 de 18 de febrero de 2014). <https://www.car.gov.co/vercontenido/5234>

Delgado Rozo, J. D. (2010). *La construcción social del paisaje de la Sabana de Bogotá: 1880–1890* (Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia). Repositorio Institucional UNAL.

Di Virgilio, M., & Perelman, M. (Eds.). (2014). *Ciudades latinoamericanas*. Editorial / lugar de publicación.

EMAAF. (s.f.). *Reseña histórica*. Empresa Municipal de Acueducto, Alcantarillado y Aseo de Funza. <https://emaafesp.gov.co/resena-historica>

Guarnizo, Á. & Calvachi Z., B. (Coordinadores). (2003). *Los humedales de Bogotá y la Sabana* (Vols. 1-2) [Mapas y fotografías]. Acueducto de Bogotá; Conservación Internacional. ISBN 9589623239 (obra completa).

Harvey, D. (2018). *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia* (J. M. Amoroto, Trad.). Traficantes de Sueños. (Trabajo original publicado en 1996)

Fals Borda, O. (1986). *Conocimiento y poder popular: Lecciones con campesinos de Nicaragua, México y Colombia*. Siglo XXI Editores.

Fals Borda, O. (2008). *El socialismo raizal y la Gran Colombia bolivariana: Investigación acción participativa*. Fundación Editorial El Perro y la Rana

Fals Borda, O. (1975). *Historia de la cuestión agraria en Colombia*. Fundación Rosca de Investigación y Acción Social.

Flórez, A. (2003). *Colombia: evolución de sus relieves y modelados*. Universidad Nacional de Colombia.

Gómez Londoño, A. M. (Ed.). (2005). *Muiscas: representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana. [Portal Universitario+7](#)

Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Akal.

Harvey, D. (2018). *Justicia, naturaleza y la geografía de la diferencia* (J. M. Amoroto, Trad.).

Traficantes de Sueños. (Trabajo original publicado en 1996)

Harvey, D. (2008). *El derecho a la ciudad*. Revista Urban, (5), 1-10.

Hidalgo, R., Camus, P., Alvarado, V., Paulsen-Espinoza, A. & Olea, J. (2016). *Aguas de ficción a la carta: la producción de naturaleza como nicho de renta, bienes comunes y espacio urbano exclusivo en torno a las crystal lagoons*. En C. Alvarado Rosas, R. Gómez Maturano & R. Hidalgo Dattwyler (Eds.), *Expresión territorial de la fragmentación y segregación* (pp. 13–30). Praxis Digital.

Gómez Londoño, A. M. (Ed.). (2005). *Muiscas: representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana. [Portal Universitario+7](#)

Flórez, A. (2003). *Colombia: evolución de sus relieves y modelados*. Universidad Nacional de Colombia.

Marx, K. (2013). *El capital. Tomo I* (3.^a ed.). Siglo XXI Editores. (Trabajo original publicado en 1867)

Maldonado-Ocampo, J. A., Ortega-Lara, A., Usma-Oviedo, J. S., Galvis, G., Villa-Navarro, F. A., Vásquez, L., Prada-Pedrerros, S., & Ardila, C. (2005). *Peces de los Andes de Colombia*. Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt.

- Mayorga Castaño, D. A. (2016). *Luchar a contracorriente para salvar a la guapucha*. Pesquisa Javeriana, (marzo 13). <https://www.javeriana.edu.co/pesquisa/luchar-a-contracorrientepara-salvar-a-la-guapucha/>
- March Corbella, H. (2013). *Neoliberalismo y medio ambiente: una aproximación desde la geografía crítica*. Documents d'Anàlisi Geogràfica, 59(1), 137–153.
- Mariátegui, J. C. (1928). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Biblioteca “Amauta”.
- Moreira, R. (2006). *O que é geografia?* Brasiliense.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio* (A. Gutiérrez, Trad.). Capitán Swing. (Obra original publicada en 1974)
- Pardo Umaña, C. (1988). *Haciendas de la Sabana* (5.ª ed.). Villegas Editores.
- Perales-Miranda, V. H. (2023). *La ‘urbanización del agua’ en la ciudad de La Paz*. En *¿Estamos preparados para una crisis del agua? Urbanización y gestión del agua en el municipio de La Paz*. Universidad Mayor de San Andrés — Instituto de Investigaciones Sociológicas “Mauricio Lefebvre”.
- Rodríguez Gallo, L. (2019). *La construcción del paisaje agrícola prehispánico en los Andes colombianos: el caso de la Sabana de Bogotá*. SPAL – Revista de Prehistoria y Arqueología, 28(1), 193-215. <https://doi.org/10.12795/spal.2019.i28.09>
- Rodríguez Gallo, L. (2021). *Permanencias y transformaciones: el territorio muisca en la Sabana de Bogotá en la segunda mitad del siglo XVI*. Anuario Colombiano de Historia Social y de

- la Cultura, 48(2), 363–398. <https://doi.org/10.15446/achsc.v48n2.95666>
- Rodríguez Gallo, L. (2023). *Un meandro por un puente: El paso del Camellón de Occidente por el río Bogotá en el siglo XVII*. Sabanografías. [Un meandro por un puente. El paso del Camellón de Occidente por el río Bogotá en el siglo XVII](#)
- Rodríguez Gallo, L. (2024). *Zanjas por caminos en los pueblos de indios de la Sabana de Bogotá*. Sabanografías. [Zanjas por caminos en los pueblos de indios de la Sabana de Bogotá](#)
- Rodríguez Gallo, L. (2025). *Memoria silenciosa de los antiguos pescadores y balseros de la Sabana de Bogotá*. Sabanografías. [Memoria silenciosa de los antiguos pescadores y balseros de la Sabana de Bogotá](#)
- Rivera Cusicanqui, S. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible: Ensayos desde un presente en crisis*. Tinta Limón
- Rueda Vargas, T. (1919). *La Sabana de Bogotá*. Editorial Minerva.
- Santos, M. (1996). *Técnica, espacio, tiempo: razón y emoción*. Editorial Hucitec.
- Smith, N. (2020). *Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y la producción del espacio* (L. F. Téllez Contreras, Trad.). *Traficantes de Sueños*. (Trabajo original publicado en 1984)
- Toledo, V. M., & Barrera-Bassols, N. (2008). *La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Icaria Editorial.
- Torres Carrillo, A. (2006). *Organizaciones populares, construcción de identidad y acción política*.

- Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4(2). Centro de Estudios Avanzados en Niñez y Juventud — alianza Universidad de Manizales y CINDE.
- Torres Méndez, R. (1860). *Baile de campesinos (Sabana de Bogotá)* [Aguatinta]. En *Álbum de cuadros de costumbres* (p. 22). A. De la Rue.
- Urquieta, P., & Botton, S. (Coords.). (2020). *Agua y desigualdades urbanas*. CIDES-UMSA; Plural Editores.
- Vargas Tisnés, G., Montañez Gómez, G., Uribe, J., Uribe Ángel, J., Cruz Coral, L., Orjuela, L., & Sinning Téllez, L. (2015). *Bacatá Cultura Viva: Historia de Funza*. Fundación Universidad Externado de Colombia.
- Van der Hammen, T. (1992). *Historia, ecología y vegetación*. Bogotá: Corporación Colombiana para la Amazonia – Araracuara.
- Van der Hammen, T., & Correal Urrego, G. (1977). *El hombre prehistórico en la Sabana de Bogotá: datos para una prehistoria ecológica*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- Vasco Zamudio, S. P., & Sánchez, L. (2017). *Análisis de la gestión ambiental del humedal Gualí Tres Esquinas, vereda El Hato (Funza – Cundinamarca)* (Anteproyecto de trabajo de grado). Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Repositorio institucional.